

LA ÚLTIMA CURDA DE JUAN CARLOS ONETTI

Investigaciones criminales en Santa María

HUGO GIOVANETTI VIOLA

ISABELINO PENA detective de almas / 5



INSTRUCCIONES PARA VIAJAR A SANTA MARÍA

La siguiente novela no pertenece al reino de este mundo, sino que fue soñada en el universo ficticio que Juan Carlos Onetti bautizó como Santa María, allá por los años cuarenta.

No tuve más remedio que escribirla y al final publicarla. Perdón, Juan.

Le aseguramos al lector que puede leerla y entenderla sin necesidad de bucear en una sola de las luminosamente infernales historias de pureza y horror que el mayor novelista uruguayo le regaló a la vida.

Pero tenemos que tratar de resolver si se puede o no se puede enterrar a Dios y al Espíritu Santo, hermanos.

Y casarnos con la invencible fe de que la vida está hecha para que reine la inmaculada completud del ánima o someter nuestro cielo interior a la indignante ilusión de la nada.

En todo caso, reconozco el escándalo que representa esta profanación pero no me arrepiento.

-No hables. Una sola carne -le explica Marcos Bergner a la tantriste Rita en el capítulo XXIV de Juntacadáveres: -Tiene que ser así. Debe ser así porque si no todo el mundo se habría suicidado. Nadie podría aguantarlo. Todos somos inmundos y la inmundicia que traemos desde el nacimiento, hombres y mujeres, se multiplica por la inmundicia del otro, y el asco es insoportable. Como dice mi tío el cura, se necesita el apoyo del amor en Dios, tiene que estar Dios en la cama. Entonces sería distinto, estoy seguro; se puede hacer cualquier cosa con pureza.

Sí. Tiene que estar Dios en nuestro estrellero.

H.G.V.

para Maryse Renaud, Ludmila Ilieva, Beatriz Bayce y Fernando Ainsa

¿Quién puede dejar de creer si ve el chivo?

JUAN CARLOS ONETTI

PERSONAJES ONETTIANOS VINCULADOS CON ESTA FICCIÓN

Eladio Linacero

Lázaro

Dr. Díaz Grey

Jorge Malabia

Tito Perotti

Brigitte Bardot Perotti

Marcos Bergner

Angélica Inés Petrus

Jeremías Petrus

Josefina

Kunz

viuda de Gálvez

Rita

Higinia

Larsen o Juntacadáveres

Sub-Comisario Medina

padre Bergner

padre Favieri

Jacob Van Oppen

Príncipe Orsini

Barrientos

Barreiro

esposa del Gobernador o Nuestra Señora

un chivo

1

ENCUENTRO CON HIGINIA Y ANA MARÍA

Isabelino Pena se despertó mientras el tren cruzaba un puente de fierro y le sonrió al alba de Santa María.

El arroyo se curva entre los trigales todavía azules y enseguida que el guarda pasa anunciando la estación de Enduro pegamos un viraje y aparece el gran lomo satinado del río.

-Con permiso, señora -tambaleó por el corredor del vagón casi vacío el detective liliputiense para acodarse sobre la ventanilla oeste.

Entonces la mujer sin edad que se bambolea enfrente desparrama una tos de muerte y ronca:

-Soñé que el chivo de la Rita me chupaba la primera cara que tuve y resucitábamos. Las almas son muy putas.

Isabelino Pena se acomodó el gacho y no dejó de sonreír.

Me doy cuenta que estoy frente a la mismísima Higinia y le ofrezco una impasibilidad de convento a su delirio flemoso:

-Porque los que revientan sin un pecho fraterno es porque la escabieron al pedo. Y ella perdió la fe.

-Quién.

-La Rita. Pero la chupó el chivo, que era mejor que un papa. Yo me bajo en Enduro. No le haga caso a nadie.

-No, señora. ¿Trae valija?

-Pa qué. Lo único que me queda es un espejito que me compré en Luján. Las almas son muy putas.

La mujer achinada y remotamente hermosa era más enana que el detective, y regurgitó otro soplo de cadáver mientras se levantaba rechazándole un brazo:

-Sin manosear, Lusiardo. Acá venden lástima con soda en el Mercado Viejo pero hasta el río es dublé.

Y después que la veo arrastrarse por el rancherío donde la fluorescencia de los gatos escarba en los basurales que rodean la fábrica me persigno acordándome de Onetti y murmuro:

-Aprendí todo lo bueno, aprendí todo lo malo. Sé del beso que se compra, sé del beso que se da.

La terminal de Santa María coronaba una zona de barrancos enjardinados por la rambla que terminaba en los galpones portuarios: una balsa muy cargada bocinó entre las chalanas de los pescadores y el islote donde un faro a medio construir se espejaba astilladamente sobre un oleaje de mansedumbre lila.

-Tiens -me erizo al taconeear por la estación que huele a café fresco y aglomeraciones de jazmines.

El detective apoyó la valija en el mosaico todavía lamido por los tuboluces y se arrancó el sombrero para reverenciar a una mendiga que custodiaba un moisés:

-Cómo te llamás, hija.

-Ana María -informa la criatura entulada por un traje de comunión con cofia. -¿Me comprás un Señor de la Paciencia?

Isabelino Pena se puso los lentes y se agachó a estudiar la legendaria estampita impresa en Montevideo.

-¿Sos uruguaya?

-Mi padre era uruguayo. Murió en la obra de la parroquia del Cristo obrero en la Colonia Piamontesa. Estamos juntando plata para terminarla. Mi cabrito se llama Lux. Me lo regalaron el 8 de diciembre, cuando comulgué.

Entonces pego un salto para enfrentarme al bicho de ojos dorados y piel lunar que riela en el canasto y ella agrega:

-El quintero de mi tío Jorge lo encontró enterrado en el jardín. Pero la mayoría de la gente no me cree.

La infanta rizó por primera vez el labio superior y clavó su inocencia marrón en el jopo del viejo.

-Yo te creo -le doy el único billete de cien que tengo y ella lo mete en un misal nacarado.

-Gracias, uruguayo. ¿A qué viniste a Santa María?

-A buscar al doctor Díaz Grey.

-Pedile que te lleve de visita a la Colonia Piamontesa.

El detective le acarició la cofia a Ana María y taconeó hacia la mañana de blancura compacta.

Isabelino Pena se hospedó en la pensión de los altos del *Berna* que le gustaba a Larsen y se preparó el mate.

Después bajo a paladear el perfume del sábado en la plaza: los chiquilines de las quintas venden jazmines grandes como magnolias y me siento frente al caserón crema donde rebrilla la chapa profesional de Díaz Grey.

El médico apareció cuando la novena campanada del reloj de la iglesia rodó diáfananamente hacia el río y sondeó al viejito de gacho color musgo.

Los sanmarianos no matean afuera de las casas, y apenas alzo un brazo para llamarlo avanza escorando con entusiasmo el impecable traje veraniego.

-Tengo el honor de entregarle el primer ejemplar de su novela -dejó el termo y el porongo en el pedregullo el viejo y sacó del bolsillo *Una tumba sin nombre*, editada por *Marcha*. -Mucho gusto: Isabelino Pena, detective de almas.

Díaz Grey cambia de mano el bastón para saludarme y se sienta disimulando un fervor de Mañana de Reyes:

-¿Usted es corresponsal de *Marcha*?

-No. Un mensajero con ganas de conocer la PAX-LUX litoraleña. Tengo ocho ejemplares más en la pensión. Aparte del mío, claro.

-Ah. Entonces lo leyó -estornudó el hombre semicalvo y pateó con suavidad un jazmín muy podrido. -Acá hay algunos personajes que se merecen sufrirlo, pero me da vergüenza regalárselos. Vamos a llevárselos al gallego Lanza para que los ponga en vidriera. Estoy seguro de que por lo menos tres se van a vender.

-Una pregunta estúpida -empiezo a cancherearlo yo. -¿El seudónimo *Juan Carlos Onetti* tiene alguna vinculación con el Piamonte?

-No. Me cayó del cielo.

-La novela es preciosa, pero el trabajo que le pide al lector es casi sobrehumano: resolver si se puede enterrar al Espíritu Santo.

-¿Un *Chesterfield*?

-Gracias. Dejé hace años. ¿Un mate?

-No. Ando con extrasístoles.

Díaz Grey se echó para atrás un mechón rubio-canoso y le pegó un tinguñazo a la tapa del librito:

-¿En *Marcha* no conocen a Debussy? Porque el verdadero título de la novela es *Para una tumba sin nombre*.

-Lo único que les interesa a los revolucionarios de café es el talenteo sociologista.

-El amigo que presentó el manuscrito quedó en suscribirme pero nunca me llegó un ejemplar del famoso semanario de las vanguardias. Acá estamos infectados por la histeria sindical. Nos podemos tomar una copa en el *Plaza* y le cuento.

-No puedo tomar alcohol. Tengo setenta y un años y quiero hacer el último viaje con la jeta interior inmaculada. Lo que me gustaría es conocer la Colonia Piamontesa.

-¿Sabe que adoro las casualidades que parecen arcoiris? -suspira el hombre condenado a ser bueno por nada. -¿Se acuerda de la historia del astillero arruinado que menciono en el libro?

-Cómo no.

-Mi novia es Angélica Inés Petrus, la hija del finado don Jeremías. ¿Vamos a dejar los libros en el quiosco y almorzamos con ella en La Paz, Colonia Piamontesa?

Díaz Grey tenía un Renault Fregate bastante nuevo y se desvió por la Avenida Artigas para visitar a un paciente antes de repechar el camino que iba hacia la Colonia Suiza y pasaba por La Paz.

Y mientras me cuenta que los comunistas pretenden unificar cómicamente dos sindicatos reales y uno fantasma en una convención escindida del peronismo entiendo que no quiere hablar más de la novela por humildad o miedo.

-Este es el templo valdense. Fue inaugurado en 1893 -informó el médico cuando estacionaron frente a una plaza aterciopelada por un verdor tropical sin fisuras. -Y Petrus compró la primera casa de la villa, que había sido edificada como casco de estancia. Angélica Inés prefiere veranear aquí.

Cerca del templo hay una carnicería abierta pero no se ve a nadie en la calle ni en los caserones ruinosos, hasta que una jardinera sobrevolada por un mantón de polvo quevediano irrumpe enloqueciendo al pajarerío y el muchacho deforme que lleva las riendas sin sentarse aúlla:

-Abran cancha que aquí traemos ciento sepetenta morlacos para el Cristo obrero, carajo.

-Esa criatura que va sentada atrás vestida de comunión y con un moisés a cuevas es sobrina de Jorge Malabia -explicó Díaz Grey, triste.

3

EL CRISTO OBRERO / EL JAZMÍN DE LA VIRGEN

Isabelino Pena le sonrió a Anita Malabia y ella le tiró un beso que hizo cabecear al médico con un asco amansado:

-Claro. Usted ya debe haberla visto al llegar. Este es el verdadero infierno tan temido, señor turista.

La jardinera estacionó frente al esqueleto de vigas y bloques de la futura parroquia y el muchacho descaderado ayudó a bajar a la infanta y llevó el moisés a un cuchitril con chapas que humeaba en el fondo.

-Ocho años recién cumplidos -muerde un *Chesterfield* Díaz Grey. -Y la madre ya la obliga a pedir disfrazada de novia de Dios.

-Y el rengo vendría a ser el quintero de Jorge que creyó en la resurrección de Ojos de Topacio.

-Sí. Pero no es idiota del todo.

Entonces Anita atravesó el empedrado recogiendo el vestido y le sonrió roncamente al detective:

-¿Querés que te lleve a ver la Virgen de los jazmines, uruguayo?

-Vaya nomás, que yo lo espero con un aperitivo de yuyos -señala la mansión encalada de los Petrus el médico.

-Enseguida volvemos, doctor. Y que Angélica Inés no se olvide que mamá le preparó arroz con leche.

-¿Hace mucho que está parada la obra? -le soltó la mano a la niña Isabelino Pena cuando llegaron a la mesada del altar.

-La interrumpieron en diciembre del año pasado. Papá era el capataz y se cayó de un andamio.

-¿Y por qué la llaman la parroquia del Cristo obrero?

-Porque acá funciona la fábrica más grande de la ciudad: *Los abuelos*. Mandamos mermelada hasta a Ushuaia.

En el fondo hay un rancho de bloques con chimenea y una casilla-establo donde conviven el muchacho, el chivo y la yegua.

-A mi me llaman el Hugo y me sacan bien el jugo -se presentó el quintero de orejas apantalladas y rostro pícaramente hermoso.

Y después de acariciarle el hocico a Lux se relame babeando y murmura:

-Doña Glyde debe haber metido hasta el gallo en el puchero.

La infanta volvió a agarrarle la mano al detective y lo llevó a conocer a una mujer obesa que contaba la recaudación tomando caña en taza:

-Este es el señor uruguayo que puso los cien pesos, mamá. Le voy a regalar un jazmín de la Virgen.

Y corre entre las gallinas y los perros hasta una hornacina excavada en un rocón partido por una veta de ágata mientras la mujer chista:

-Usted crea lo que quiera. ¿Una caña paraguaya?

-No, gracias. Hace un año que abandoné la teta.

-Bien hecho. Más pa mí -se rellenó la taza la mujer de ojos-rajas muy amarillos. -Y usted crea lo que quiera, pero el cuento del Chivo de la Paciencia lo usó una sirvienta de los Malabia en Buenos Aires. Pa comer. Después reventó aquí. Y ahora el Hugo apareció con Lux y dice que es el mismo chivo que enterraron en el jardín del Jorge. Pero yo no la mandé a pasar vergüenza en la estación. Y lo que junta se lo guardo porque tengo poco rollo y no quiero que Ana María se rompa los riñones en la fábrica o termine changando como la Rita.

Doña Glyde frunce la nariz de muñeca y parece inflarse con la humareda bamboleante del puchero:

-¿Come un plato de pobre?

-Se lo agradezco muchísimo, pero estoy invitado por el doctor.

-El doctor Chorizo Pálido y la yegua madrina. Bien hecho.

Isabelino Pena sonrió frente a la avalancha de blancura entulada que se abría paso desde la gruta y Anita alzó un jazmín anunciando:

-Estos nunca se pudren. Te lo ponés en la solapa y se vuelve de madera, igual que si estuviera adentro de una guitarra.

-El padre vivía diciendo los mismos disparates y ella lo quería más que a mí -relojea la corola con un odio sanchesco la mujer de tres papadas. -Y ahora quiere más al chivo que a mí.

-No te lo saques más de la solapa -ordenó la criatura, sin prestar atención.

4

ENCUENTRO CON ANGÉLICA INÉS PETRUS / LOS GATITOS

Isabelino Pena elogió el matambre preparado por Josefina, y la dama de compañía de Angélica Inés Petrus taladró a Díaz Grey con una guiñada irónica:

-Se agradece en lo que vale, caballero. Aunque mi patrona le siga encargando el arroz con leche a doña Glyde.

-Tch. El manjar de canela es para los gatitos -me explica la escotadísima novia-walkiria del doctor, mordiéndose una trenza. -En la casa del astillero papá los mandaba matar uno por uno y ellos se hundían en el estanque mirando para arriba pero Dios no los ayudaba jamás. Yo hubiera preferido comérmelos como niños envueltos y abrigoarlos con mi panza.

La mujer-muchacha de aura poderosamente flamígera bizqueó un ji ji y sondeó el cielorrasso colonial:

-Ahora no le puedo mostrar a los persas porque la gata mata. ¿Ese jazmín se lo regaló la putita del chivo?

Entonces Josefina y Díaz Grey me relojean la solapa rogándome paciencia y yo les envidio con desesperación la espesura del cognac:

-Ana María es muy chica.

-Chica y ya tiene alzados a todos los comunistas. Hoy se reunieron en el templo porque le hacen un homenaje al finado Malabia pero es para chuparle las puntillas a ella. Yo sé mucho de putas.

-¿Por qué no les llevás el arroz con leche a los bichos antes que se enloquezcan? -se le esmeriló una opacidad de odio aindiado a la ex-sirvienta.

-Yo te ayudo -estornuda el doctor.

-Callate que vos también te mojás en la cama por la Malabia. Que me acompañe Jose y ustedes ponen toda la mierda de macho en el ventilador.

-Ojalá tuvieran un ventilador de techo -esperó que se fueran las mujeres y apelotonó una servilleta para aplastarse el sudor entalcado Díaz Grey. -Son estos calorones los que la ponen así. Y todavía no llegó enero.

-¿Los gremialistas se reúnen en el templo valdense?

-Casi siempre. El pastor viene muy poco porque tiene que atender toda la costa pero les da la llave.

-¿Y cuál es el sindicato fantasma que mencionó en el auto?

-Le tendría que haber dicho el *sindicato de fantasmas*. Quieren convencer a un alemán que todavía vive en las ruinas del astillero para que represente a los proletarios embrujados durante quince años por el viejo Petrus.

Y de golpe escuchamos explotar la risa-hipo de la walkiria y corremos por el mosaico ajedrezado para asomarnos a la reja que da al patio con aljibe: Angélica Inés posa

sentada entre los azulejos con la gata y las crías desparramadas sobre el vestido gigantescamente blanco y nos tira besos.

-Vengan a fotografiarse -espejó el resplandor de un cantero lleno de pensamientos Josefina. -Ya no hay peligro de que los arañen.

-Esa es mi verdadera novia -se cuelga un cigarrillo Díaz Grey y juega con la tapa del yesquero para reforzar el ardor sentencioso. -Cuando se nos cae el miedo se nos cae la locura y Dios tiene razón.

-¿Sabe quién vino a morir a Santa María, doctor? Higinia, la prima de Rita. En el mismo tren que yo, aunque se bajó en Enduro.

Díaz Grey derramó el humo hacia la media tarde y rechazó el ofrecimiento de las mujeres con una sola seña:

-Y usted cómo pudo darse cuenta de que era Higinia.

-Porque deliraba y dijo que soñó que Jerónimo le lamía la cara de la niñez para resucitarla.

-Qué hermoso -murmura menos triste que asqueado. -Pero yo inventé la historia del espejismo y ya no tengo más nada que ver con ningún personaje.

-Y cuál sería el espejismo.

-Lo que Jorge Malabia veía en los ojos de ese cabrón que llamaban Jerónimo. Y no pienso hablar más de este tema, señor turista.

-¿Alguna vez le vio los ojos al chivo de Anita?

-Todos tienen ese brillo inhumano y precioso. Le llamen oro o le llamen topacio.

-¿Y si yo le digo que la mirada de Lux me hace pensar en la envoltura de las constelaciones?

-Como verso es demasiado dantesco. Para mi gusto, claro.

EL ACTO / LA SONRISA

Isabelino Pena y Díaz Grey se sentaron en el porche a tomar un té de yuyos justo cuando empezaba el acto sindical.

No debe haber más de trescientos militantes frente al monumento dedicado a los colonizadores valdenses que preside el verdor frondoso de la plaza: la escultura de un inmigrante perniabierto y recostado sobre una pala parece recordarle a los sanmarianos que el realismo socialista fue inventado por la masonería.

-El orador también es uruguayo y dirige un pasquín fundado después del triunfo de la Revolución Cubana -explicó el médico, divertido por la consigna soviética de avanzar en democracia. -Se llama Lázaro Rodríguez, pero le dicen Nikita.

El periodista ya es sesentón y disfruta ofreciendo un desborde de barriga peluda que simetriza con los bigotes de las alpargatas, y apenas termina el discurso deposita unos jazmines en homenaje al camarada caído en los andamios del Cristo obrero y doña Glyde aúlla desde la obra:

-Camarada tu madrina, carancho ruso. Ustedes lo que quieren es escrucharle chirolas al chivo de la nena cuando todo el mundo sabe que se cagan en Dios y juegan al toma y daca con el pastor mentiroso.

-Ustedes tienen menos pajarío que los ombúes -apareció entre la cal reverberante el quintero de piernas como sarmientos. -Y pa besarle los quesos a la Anita se tendrían que colgar otro ombligo y boquear en la palangre.

-Fuera -le encaja un cascotazo la mujer-medusa al Hugo. -Vos inventaste el cuento del chivo y nadie sabe lo que lanceás por día.

-Desclasado. Fiolo de zafra -aprovechó Nikita para tirarle pedregullo al muchacho con orejas de Clark Gable que se escondió atrás de una viga.

Y entonces entra en escena la infanta flotadora y Díaz Grey murmura:

-¿Por qué no estaremos hechos para ser felices?

Ana María Malabia calmó al gentío con el labio superior floralmente rizado bajo la cofia luminosa y Josefina suspiró atrás de una reja del porche:

-Ay, ustedes. Las locas.

-Somos almas -la corrige Angélica Inés mientras los obreros enrollan los carteles y empiezan a vaciar la sombra azulada de la plaza.

-Lo llevo de vuelta al centro, señor detective -ordenó desenvainando un *Chesterfield* el médico.

Esta vez desembocamos directamente en el barrio viejo, y la estatua de Brausen Fundador se recorta en el poniente rojo y perforado por un agigantamiento de Venus que enoja las casas-quintas con un aura sin tiempo.

-Qué magia del carajo -se sacó el gacho bogartiano el viejito y Díaz Grey estacionó en una vereda incendiada por las glicinas. -Aquella torre de la rambla debe ser un *belvedere* olímpico.

-El último *rascacielos* -vuelve a fumar con la misma altivez parsimoniosa de Juan Carlos Onetti el hombre de poca fe. -Acá le llamamos *rascacielos* a un mamotreto de cinco o seis pisos. Todos hechos por Petrus. ¿No me va a preguntar qué clase de locura tiene Angélica Inés o ya la etiquetó?

Isabelino Pena se aplastó el jopo de pájaro espolvoreado por la gomina seca y retrucó con una dentadura verdísima:

-Yo no etiqueto ni juzgo, señor novelista.

-Disculpeme, por favor. Pero para hablar en frío precisaría un escocés doble. ¿No me acompaña al *Plaza*?

Y de golpe me desesperan unas vergonzosas ganas de festejar la luz de Santa María tomando whisky hasta caerme y explico con un nódulo en el buche:

-Lo que yo tendría que hacer es matear un rato en la pensión. Necesito el chupete abstemio de la bombilla, ¿entiende?

-Ah. Lo lamento mucho -prendió el motor soplando el humo hacia el Brausen cabalgante Díaz Grey. -Es la maldita magia de esta ciudad con chivos.

Y recién cuando incrusta el Fregate en el único hueco que queda frente al *Berna* se desahoga:

-Angélica Inés Petrus sufre de ninfomanía compulsiva, mi amigo. Otra tilinga capaz de violar hasta a un gorila bolchevique. Usted parece católico.

-Apostólico y descalzo.

-Bueno, mi cruz es dulce: cuidar a esa mujer que atiendo desde que es una criatura y que ahora se supone que está embarazada de mí. La jodida piedad.

-La piedad no es jodida.

6

ENCUENTRO CON ONETTI Y RIMBAUD

Isabelino Pena se lavó los dientes y preparó otro mate antes de bajar a la rambla ya constelada por un telón turquesa.

El último *rascacielos* es tan idéntico al de Gonzalo Ramírez y Vázquez donde Onetti alquilaba su *belvedere* que me sentimentalizo y ronqueo en el ascensor:

-Y otra vez allá en Barracas / esa deuda les pagué. / Esa amistad nos tenía / unidos siempre a los tres.

El detective apenas se fastidió cuando encontró el clásico cartel con los osos hibernantes clausurando la puerta.

Entonces me decido a hacer tiempo en la azotea en lugar de adobarme en un boliche como hacía en Montevideo y después de vaciar el termo frente al contraluz portuario bajo espinolianamente eufórico y me importa un pito que siga colgada la advertencia polar.

-Juaaaaan -aulló el detective machacando la puerta con ráfagas de piñazos estilo pájaro carpintero. -Juaaaaan. Soy el petiso, el Marlogüe junguiano. Juaaaaan. Abrime o reviento, carajo.

Y de golpe lo veo aparecer en pijama: sesentón, entrompado hasta la náusea y con el nácar de un jazmín que conozco muy bien en la solapa:

-¿Y vos qué mierda hacés aquí, egomaniaco? ¿Con qué permiso invadís el purgatorio privado que sudamos con el Tata?

-Me manda el Tata, viejo.

Onetti le llevaba dos cabezas a Isabelino Pena, y cuando descubrió la corola de Anita titilando en el traje color musgo ladró a lo Marlon Brando:

-Viejo estás vos, homúnculo. Entrá y sentate a reventar tranquilo porque yo me pienso encamar en soledad de amor herido.

Y después de arrancar a los malditos osos vuelve al dormitorio y me deja frente al retrato de Sabat y me animo a provocarlo berreando el Cele que lo humilla como una extrema unción:

-Viejo porque tengo miedo que me sobrés en malicia / viejo porque desconfío que me querés amurar / porque me estoy dando cuenta que fue mi vida ficticia / y porque tengo otro modo de ver y filosofar.

-Por lo menos traete un vaso y más hielo, animal -pareció imitar las bocinas de las lanchas en el río el hombre alto.

Entonces me doy cuenta que esta novela es el último round contra el dragón y dejo la matera en el comedor y me sirvo un farol de soda *on the rocks* que le hace exagerar la torcedura del tic trompudo hasta el deleite:

-Parecés un monaguillo. Y yo que compré tres JB por si los tábanos.

El detective apoyó su vaso entre la humareda de la gran mesa de luz donde Buda sonreía rodeado por las botellas con resplandor oceánico y se persignó:

-Todo para ti y nada para mí.

-Mejor. Y hay otro dicho de amor y luz que inventó Baudelaire, si no me equivoco: *La gaseosa es la paja de los místicos*. ¿Cigarrillos tampoco?

-Tampoco.

-Y hembras ni hablar, aunque me parece que en la estación te enamoraste de la Virgen del chivo y te vendió un jazmín inmortal. Somos dos.

-¿Y Dolly?

-Está en Madrid. Y te aclaro que yo aquí me llamo Linacero. Pero no hagas más preguntas porque me da pereza hasta llorar.

Y mientras prende un *Benson & Hedges* descubro los libracos que hay atrás del Buda y me encajo los lentes y salto igual que un nene frente a la figurita sellada:

-Opa. Tenés la última biografía de Rimbaud.

-Por desgracia.

-¿Enid Starkie es mujer o hombre?

-No sabo. El editor no nos permite ver esa entrepierna, Bruto.

El detective miró el tomo de abajo y apenas lo acarició:

-*Fiesta y Adiós*. ¿Cuál traducción?

-La peor. ¿Sabés que cuando te vino la pataleta acababa de desnudarme para emborracharme llorando por ella?

-¿Por la Malabia?

-Ana María *revisited*.

Y enseguida retiembla otra vez la puerta y reconozco el berrido de zoológico:

-Linacero. Soy Lázaro. Conseguí el tinto chinche que cura los gualichos.

7

ENCUENTRO CON LÁZARO / EL POZO

Isabelino Pena le abrió al director del semanario *El socialista* y miró los cinco litros de tinto *Los abuelos* con más miedo que asco.

El Nikita uruguayo ya jiede mucho a caña pero apenas nos presentamos se le activa la lucidez partidaria:

-Me dijeron que usted trajo ejemplares de la novela que publicó Díaz Grey en Montevideo. ¿Qué le pareció el acto de La Paz?

-La Colonia Piamontesa es una maravilla -le señaló la niebla tabacal del dormitorio el detective al sindicalista. -Pase, por favor.

-Fue el primer acto grande de la futura Convención -saluda haciendo la venia y destapa la damajuana el gorila obscenamente disneico y de barriga enrulada.

-Bingo. Entonces la revolución es cuestión de semanas -cabeceó Onetti, sin necesidad de imitar a un caballo.

-A Linacero no hay que llevarle el apunte, señor Pena. ¿Sabe lo que es reencontrarlo después de veinticinco años en la estación de Santa María y sentir que para él no hubo historia? Ni la gloria de Stalingrado ni el amanecer latinoamericano de Sierra Maestra. Un fracasado nato.

-Sos un poeta, gordo. Pero acá el único fracasado es tu culo.

-Dejá ese jarabe yanqui de una vez -trae tres vasos de la cocina Nikita y sirve el vino negro que no huele nada mal. -Vas a ver cómo después del primer litro empezás a sudar el gualicho.

-Te aclaro que con el señor Pena perdés el tiempo porque acaba de pasarse a la gaseosa. Es un desclasado místico.

-*Un místico es un borracho que va al cielo y un borracho es un místico que va al infierno* -acarició la cara de Rimbaud el viejito.

-*Touché* -le hace una guiñada el verdadero autor de *Para una tumba sin nombre* al Faulkner que preside el lambriz de la cama. -Si juntamos a los genios viciosos que hubieran suscrito esa consigna el acto de La Paz sería un poroto.

-Pero déjense de joder con las blabletas burguesas, compañeros. Yo vine a confesarte una vieja cagada y a pedirte que colabores con un milagro para la causa del Hombre Nuevo, Eladio.

-Las confesiones con el padre Pena. Y los pedidos al Tata Brausen. A mí me dieron licencia por angustia gardelera. ¿Además qué carajo de milagro puede hacer un soñador de mierda como yo?

-Escribir sobre Ana María.

Onetti alzó el perfil igual que un boxeador alcanzado en el hígado y después de aplastar el cigarrillo hizo fondo blanco y jadeó heladamente:

-No te metas con eso.

-Y vos no te agarrés todo a la piamontesa, tampoco. Lo único que te pido es una paginita para el semanario: algo lindo sobre la nena y el chivo y el Cristo obrero -se barre un sudor aceitoso el hombre con dos barrigas.

-Y vos cómo sabés que yo escribo.

-Es que esa vendría a ser la cagada. Y según cómo se la mire. Porque cuando alquileríamos juntos en el conventillo nunca me animé a decirte que una mañana te encontré roncando con un montón de panfletos que me robaste escritos del otro lado y los leí. Capaz que ni te acordás, pero tenían hasta título: *El pozo*. Era una especie de carta de suicida y lo único que te importaba era reírte de mí y putear a todo el mundo y adorarle la concha a una muerta que se llamaba Ana María. Claro que ni siquiera te salió el tiro del final.

-Fuera, bestia -sacó un revólver de abajo de la almohada el supuesto Linacero. -O el tiro te lo vas a llevar en tu concha.

Ahora empiezo a divertirme y ayudo a pararse a Nikita y lo empujo hasta el comedor, donde recupera el desprecio bronquítico:

-Pero qué porquería que sos, cagatinta. ¿Sabés lo único que te falta? Engancharte con el infantilismo guerrillero, que ahora está tan de moda. Y quedate con la damajuana, nomás: te la regala el proletariado que vanguardiza a las capas medias y los pequeños productores y los intelectuales orgánicos, chanco violador. Lo único que te faltaba era encajetarte con una nena más pura que la Virgen.

Isabelino Pena hizo salir a Lázaro y botoneó el ascensor murmurando:

-Mejor no vuelva más o lo van a limpiar antes de la toma de la Casa Rosada.

Y en el dormitorio encuentro a Juan enmascarado por un pañuelo muy blanco y tocándose el jazmín inmortal del pijama.

-Yo te avisé que esto era el purgatorio, Marlogüe. Pero vos sos masoca.

8

LA PRIMERA ERECCIÓN / EL ATAQUE

Isabelino Pena contó por qué había viajado a Santa María y Onetti se secó los lentes y guardó el revólver:

-Yo aparecí, nomás. Y me tuve que encontrar con la bella y la bestia en la estación. Ana María me mira como si fuera el Señor de la Paciencia y Lázaro me confunde con Linacero. Pobre Juan Carr.

-¿Cuándo te dio el jazmín?

-Anteayer. Y fue ella la que me enamoró. Esta vez soy más inocente que Caperucita en la cabaña de Capurro.

-Pero no creés en la inmortalidad del jazmín.

-Yo qué sé lo que creo. Este vino es buenísimo. Probalo, por lo menos. Lo pisotearon los callos progresistas.

-Apártate de mí, Satanás.

Y de golpe se me desenrosca una erección espantosa y siento que la damajuana y las tres botellas de JB son Cleopatras desnudas.

-¿Sabés que me zampé *Fiesta* y *Adiós* en dos días y me acordé de Jung y del análisis que me hizo en París de *La cara de la desgracia*? -pareció recomponerle la energía

vertebral el tinto negro a Onetti. -Acá sale dos más dos: Brett es el alma emputecida de Hemingway y Catherine el alma muerta. ¿Te acordás cuándo la mata?

-Cuando el teniente ejecuta al soldado en la retirada.

-Lástima que la retirada le quedó horriblemente larga. Uno casi se olvida. ¿De veras no te tomás una copa?

-¿De veras no te apartás, Satanás?

Y ahora me cubro la entrepierna con el farol de soda para que no se dé cuenta que estoy mojado igual que un adolescente en el cine *Hindú*.

-A mí siempre me dieron bronca esas interpretaciones de Freud y de Jung -se sentó en la cama el hombre-caballo y recién al volver del baño chistó: -Aunque está clavado que Hemingway perdió el alma *forever*. En *Por quien doblan las campanas* le importa más la gloria que la Bergman. Y en *Al otro lado del río* Renata es maravillosa pero hay demasiado Hollywood. ¿Te sentís mal?

-Me siento peor que Rimbaud después del balazo, Carr.

-Pobrecito el botija. Y mirá que no le aflojó a los curas ni empalado. Me hizo mal esa biografía. Nadie puede creer el camelo de la hermana de que murió rezando.

-Vos no podrás creer.

Entonces Juan se arrodilla frente al lambriz y acaricia los versos que hay tachuelados abajo del cuadro del pescadito rojo: *Hacia la fuente de noche y de olvido / Francisca Sánchez acompañamé*.

-Nunca pude soportar la historia de Rimbaud. Y ayer me dio un ataque mucho peor que el de la falta de nombre en Madrid.

El hombre montañosamente calvo se despatarró boca arriba y de golpe sacó el revólver y le revisó las balas como si manejara un rosario:

-Jung entendió la cosa. Pero yo resucito a mi alma cuando quiero. Y lo peor es que ahora quisiera casarme de verdad.

-¿Con la Malabia?

-*Incipit vita nova*. Y además se me terminó el hambre de los canallas, te juro. Me la imagino de quince años y sigo sintiendo que **no tiene cuerpo**.

-Qué hermoso.

-El asunto es cómo coño me caso con Anita.

-Tené fe.

-Tengo miedo. En el ataque de ayer me crecieron unos ojazos de mosca y en cada celda celeste había una vida breve. Dolly es la única mujer-mujer que tuve. Me parece que estoy al borde de otro ataque.

-Cálmate.

-¿Sabés por qué son celestes las colmenas? Porque tienen la luz de Rimbaud. Precisaría ver con urgencia a Díaz Grey.

-Bueno, voy a buscarlo.

-Rápido.

-Tené fe. Estás en la ciudad de los chivos.

Ahora afloja la erección y le saco el revólver por las dudas:

-Tratá de rezar el Ave María hasta la mitad para que termine en Jesús y no en muerte.

-¿Y qué te pensás que estoy haciendo, hermano?

Isabelino Pena subió al Fregate de Díaz Grey y explicó:

-Se llama Eladio Linacero. Es un escritor uruguayo que vivió muchos años en la Colonia Suiza y fue amigo del padre Bergner y de Larsen.

-Raro que no lo haya sentido nombrar -bosteza lacrimosamente el médico que acaba de interrumpir un solitario y *La pasión según San Juan* para entrajarse de azul. -Es un privilegio atender a alguien con vértigo rimbaudiano. ¿Será pedante regalarle *Para una tumba sin nombre*?

-De ninguna manera. ¿Y qué piensa hacerle escuchar?

-El cuarto movimiento de *La italiana* de Mendelssohn. ¿Está muy borracho?

-El problema es la superlucidez, no el alcohol. Quiere casarse con Anita Malabia. Una boda mística, claro.

-Comprendo. Pero para eso hay que estar a la altura del Señor de la Paciencia. Y no querer ser Él.

-Eso lo tiene claro.

-Entonces hay esperanza.

Cuando llegaron al *rascacielos* Isabelino Pena cargó la caja del tocadiscos y el médico sondeó las luciérnagas de las lanchas con dulzona indolencia:

-Es la primera vez que llevo música a domicilio. El otro día traté de curarle la vaciedad sociologista en el consultorio a un profesor de literatura, Paulo Rocco. Uruguayo, también. Y se alivió mucho escuchando el quinteto en Do de Schubert, pero al salir ya se había idiotizado otra vez y comentó: *Lástima que un romántico tan irremisiblemente ingenuo y equivocado esté tan lleno de vida y de arte.*

-El mundo está lleno de sabios que no saben nada, pero como Francia y el Uruguay no hay.

Onetti se sacó el pañuelo muy blanco de la cara para contemplar a Díaz Grey con humildad y orgullo:

-Disculpe la hora, doctor. Pero siento como si me hubieran amputado la pierna que baila.

Y de golpe me doy cuenta que los versos de Darío están sustituidos por dos líneas menos temblorosas que infantiles:

-Tu mano en el altar: / no hay más jazmín que eso.

-Su amigo me contó lo de los ojos-colmenas facetados con vidas breves -enchufó el tocadiscos y sacó del portafolios la sinfonía de Mendelssohn el hombre apenas rengo.

-Un psiquiatra católico muy inteligente que me atendió una vez en Montevideo diría que esto es locura degenerada -manotea los cigarrillos Juan. -Como la paranoia final de Hemingway, que pensaba que el FBI lo perseguía por corromper nenas.

Díaz Grey hojeó la biografía de Enid Starkie y demoró en diagnosticar:

-Es falta de paciencia. Pero si usted escribe y conoce los espejismos que desesperaron a este chico sabe que la magia negra no paga. Moraleja de policial barata. ¿Vamos a escuchar algo?

Y me hace una seña y me acuerdo que tengo que encajar la púa en el último surco.

-Voilà. Ahora le pido que se concentre en los colores de los vientos. No se precisa ser un melómano para levitar tirado en este tapiz. Y usted sabe el trabajo que da hilvanar historias por amor. O por nada.

Lo único que se mezcló con el entramado del *Saltarello-Presto* fue un gemido de lancha parecido al de un ballenato y al final Onetti desembuchó:

-No hables. Una sola carne. Tiene que ser así, debe ser así porque si no todo el mundo se habría suicidado. Nadie podría aguantarlo. Todos somos inmundos y la inmundicia que traemos desde el nacimiento, hombres y mujeres, se multiplica por la inmundicia

del otro, y el asco es insoportable. Como dice mi tío el cura, se necesita el apoyo del amor en Dios, tiene que estar Dios en la cama. Entonces sería distinto, estoy seguro; se puede hacer cualquier cosa con pureza.

Y después de transformarse en un señor coronado de tristísima paciencia agrega:

-Gracias, doctor. ¿Cuánto le debo?

-Me alcanzaría con ganar un lector. Le traje una historieta ambientada en Santa María que acabo de publicar.

-¿No me lo firma?

-No. Fue escrito por puro miedo y sin la menor ambición literaria. Lo único que precisamos es paz.

-No. Lo único que precisamos es la resurrección -sonrió Isabelino Pena.

10

LA SEGUNDA ERECCIÓN / LA PISTOLA

Isabelino Pena volvió de acompañar a Díaz Grey y encontró al hombre-caballo roncando dulcemente.

Entonces se me desmanda una erección tan brutal que apenas puedo caminar y decido prepararme otro mate y amanecer en el balcón, inventando una vela de fantasmas.

El detective se sentó entre la damajuana de *Los abuelos* y una botella de JB y ordenó:

-Pueden hablar, señoras.

-*Nunca vas a dejar de estar borracho* -me cuesta distinguir las iniciales del whisky y de mi esposa en la noche oscurísima. -*Por eso me suicidé.*

El viejito con cabeza de pájaro cebó con mucho cuidado y mordió la bombilla que parecía espejar el consuelo quemante de las constelaciones.

-Yo también me suicidé por eso -se le agiganta la barriga descorchada a mi madre. -

Naciste mago negro y vas a morir así. Emborrachando a la gente.

-Los magos negros no adoran las coronas de alegría que usa la gente cuando tiene fe.

-Yo te tuve fe, amor. Pero nunca me escuchaste cuando te pedía que te tragaras mi desesperación. Porque no soy un whisky: soy tu esposa.

-La desesperación es el peor de los pecados.

-¿Peor pecado que perder las ganas de chupar el pezón de una madre? Soy tu leche, no tu vino. Tu madre.

Entonces Isabelino Pena se paró como un macaco con resorte y escupió hacia el terciopelo fluvial de la ciudad:

-Aquí se está llamando a las criaturas / y de esta agua se hartan aunque a oscuras / porque es de noche.

-Lo único que te importó siempre fue el agua de tu bragueta -llora insoportablemente mi esposa. -Da vergüenza mirarte.

-Y la peor vergüenza es verte el pantalón mojado adelante de todos.

El detective volvió a escupir hacia la rambla que serpenteaba sobre los barrancos y las luciérnagas del lancherío y mostró los colmillos:

-Apártate de mí, paraíso con miseria de amor.

-Pero antes de que amanezca me tomarías tres veces, mi amor.

-Y te tomarías los tres litros que me quedan y te conformarías con el único pecho que te quiso ver feliz.

Y recién entiendo lo que hay que hacer y me desnudo sacándome primero el gacho y los zapatos y tengo que desabrocharme el pantalón para poder bajarme el cierre metálico que está a punto de reventar.

-Ahora me va a curar el amanecer, señoras.

-Lo que siempre quisiste fue parecer un loco para contrariarla a ella. Pero yo no soy tu madre. Soy tu mujer.

-Yo soy tu única mujer. Y vas a resfriarte.

El viejito se agachó incrustando las protuberancias caricaturescas del falo, la nariz y el jopo en el aire ya lila hasta que la virazón lo descompaginó y se tuvo que taponear dieciséis estornudos y abrazarse bruxando para poder gritarle a su entrepierna con ronquera de pez en la orilla:

-Ah. Te calmaste, carnosa.

Después me visto y recupero el aire cantando:

-En el borde del camino hay una silla / la rapiña merodea aquel lugar / la casaca del amigo está tendida / el amigo no se sienta a descansar. / Sus zapatos de gastados son espejos / que le queman la garganta con el sol / y a través de su cansancio pasa un viejo / que le seca con la sombra el sudor.

Onetti seguía roncando con los belfos curvados hacia el lambriz y el detective colocó la damajuana y la botella en el altar de Buda y saludó torciéndose el gacho a lo Bogart-Marlowe:

-Me voy a misa y vuelvo, hermano.

Y de golpe Juan desparrama una especie de gemido sediento que me retrotrae a la PAX-LUX del barrio insolado por las glicinas:

-Ella no es una mujer, mamá.

-No te preocupes, Juan -le sacó las balas al revólver y lo guardó en la matera Isabelino Pena. -Igual no va a entenderte.

Y siento que la botella y la damajuana retrucan:

-No tendrías que haber sido tan duro ni tan dulce.

-Ni durado sin mí.

11

ENCUENTRO CON MARCOS BERGNER / LA BESTIA

Isabelino Pena terminó de ver amanecer en la plaza grande, sentado frente a la catedral. Los jazmines podridos que amontonan los barrenderos me hacen pensar en la blancura madrugadora de Anita, y mientras cruzo a la misa de ocho veo estacionar un colachata último modelo y sé que el hombrón rubio que se acerca chuequeando descamisadamente es el mismísimo Marcos Bergner.

-¿El señor detective? -le ofreció la mano a Isabelino Pena el dueño del Impala Mariposa.

Y después que se presenta agrediéndome con un aliento de puente roto y un desprecio pituco entiendo que no está borracho de whisky y sonrío:

-Los lectores de Díaz Grey son pocos pero buenos.

-Yo casi no leo nada y al final no entendí un carajo de la novela. Con todo respeto por un notable de resonancia internacional como el doctor.

-Y sin embargo parece que la novela lo hubiera emborrachado, señor Bergner.

-Me dolió -esperó que sonara la octava campanada para aplastar un *Marlboro* el grandote de melena apolínea. -Yo hasta pensé en casarme con la muchacha que se prostituyó para que el chivo no pasara hambre.

-Rita.

-Rita. La sirvienta del mocoso Malabia que jugaba al anarquismo y terminó por braguetear a la hija del ferretero. Claro que yo también anduve metido en un falansterio y toda esa basura.

Y los derrames color malvón de las córneas parecer agregar:

-Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio.

-¿Va a entrar a misa, Marcos?

-Por supuesto. Hace tiempo que vivo tratando de no matarme.

-O de no matar a nadie.

-Es lo mismo. Así que usted tiene fe. A los uruguayos que jieden en Santa María no les importa ni haber ganado el mundial de Maracaná.

-Porque para ganar ese mundial se precisó mucha fe.

-¿Sabe que a lo mejor podríamos ser amigos?

-Si no me tuteás, no -se sacó el gacho para persignarse el detective apenas se enfrentaron a los vitrales llenos de una pureza rabiosa.

El padre Favieri detecta relampagueantemente el jazmín de mi solapa y me doy cuenta que el Concilio Vaticano II y el escándalo teilhardiano lo enloquecen hasta hacerlo irradiar una babosidad de morgue.

-Mi tío era santo -murmuró Marcos Bergner. -Y ahora hay que comerle en la mano a un bagre-sapo mussolinista.

-No mire hombre: mire prelado.

La homilía empieza por defenestrar a los sindicatos ateístas que son capaces de aprovecharse del rebaño cristiano, pero enseguida nos latiguea la trompa a los nuevos herejes:

-Y hoy tenemos en la estación a la miseria infantil en llaga viva y manipulada por una perversidad criolla que diviniza a un **chivo**, hermanos. Ahora falta marcarle el 666 a la bestia con pezuñas y pedir que la adoremos igual que durante los cien días cuando nos pretendió sojuzgar la horrorosa iniquidad de un infierno tarifado: el prostíbulo de Barthé y el judío errante.

-Que comulgue tu madrina -salió haciendo chirriar los championes el hombre que olía a gastritis.

Y no tengo más remedio que seguirlo, aunque casi agradezco el ayuno del maná manoseado por Favieri.

-Lo único que hay que hacer en esta ciudad es joderse -gargajeó en la vereda Marcos Bergner. -¿No querés conocer a los personajes principales de *Una tumba sin nombre*? Hoy hay asado con timba en el Club Uruguayo de La Paz.

-Tendría que dormir un poco.

-Yo también. Te paso a buscar a mediodía.

-Hecho. Estoy en la pensión donde paraba Larsen. ¿Sabés que durante la misa acabo de inventar un dicho doble? *La iglesia es santa porque la humanidad es santa*. O viceversa. ¿Cuál elegirías?

-Ninguno. Yo creo más en los chivos que en la gente -prende un Marlboro el pituco de córneas ensangrentadas.

EL CLUB / ENCUENTRO CON JORGE Y TITO

Isabelino Pena y Marcos Bergner bajaron por un camino de polvo blanco que se ondulaba entre los trigales, los viñedos y la fábrica *Los abuelos* para desembocar en el Yacht Club Uruguayo de la Colonia Piamontesa.

Hay un puente ferroviario y un fondeadero con malecón en la curva del arroyo lleno de ceibos donde la gente pesca y acampa mansamente.

-Jorge Malabia y el Tito Perotti compraron un yate más grande que el mío -sacó una petaca de la guantera el grandote para embucharse un trago que lo hizo sacudir la melena como un perro. -Ahora juegan a la felicidad con visera de capitán. Esperame en el club, que voy a traer más nafta escocesa.

-¿Jorge está casado con la hermana de Tito?

-Se casan en Navidad. El gordo y la hermana son los padrinos de comunión de Anita Malabia.

Y cuando me siento a tomar mate abajo de los eucaliptos veo venir a un homúnculo galoneado que me juna el jazmín con placidez psicótica:

-Usted es el detective.

-Sí, jefe. Isabelino Pena, el detective con fama quevediana. Porque hasta por el culo me conocen.

-Sub-comisario Giorgio Rufianeli -se sacó el quepis policial para descubrir una calva color hueso el enano de bigotes y lentes caricaturescos. -Disculpe que lo moleste, pero en Santa María se sabe todo y me moría de curiosidad por conocerlo: jamás pensé que existieran *privés* chandlerianos en la vida real. Es igual que encontrar a un Quijote sin Sancho.

-Privé tendrá usted el culo, jefe.

Rufianeli se seca la pelada con impavidez y hasta me ofrece el rebrillo de las paletas de aperíá:

-Y con los mismos malos modales de Marlowe y todo. Es fantástico. Espero que si hay crímenes no tengamos que hacerlo estrenar el celdario de máxima seguridad. ¿Hasta cuándo se queda?

-Hasta que haya crímenes. Y fíjese cómo tiemblo por lo del celdario, *Monsieur le Rufián*.

-Le aclaro que el chiste con el apellido me lo hacen desde antes de empezar la escuela. Pero quedamos a las órdenes, caballero andante.

-**Caballero de la fe**, botonazo. Un kierkegaardiano puro -ladró el viejo, aunque el sub-comisario ya no llegó a escucharlo.

El homúnculo sale corriendo hasta un *sulky* para ayudar a bajar a Angélica Inés Petrus: la novia de Díaz Grey usa rodetes bajo una capelina novecentista y persigue bizqueando a una mariposa que la sobredora como un satélite.

-Vine a ofrecerle mi protección personal después que me enteré del escándalo del acto comunista -le besó la mano el sucesor del fugitivo oficial Medina a la mujerona que le llevaba dos cabezas.

-No se preocupe que yo con este látigo los hago marcar el paso por el Camino de las Tropas -se baja sola Josefina y ata las riendas con un resentimiento ancestral. -¿Ya llegó la putita?

-¿Quién? -le dio el brazo Rufianeli a la walkiria ninfómana que no parecía irradiar la menor inquietud por violarlo.

-Anita Malabia -explica la ex-sirvienta y actual dama de compañía. -Hoy es el cumpleaños del chivo y el padrino le regaló una chalana y el Hugo la anda paseando por el arroyo.

En ese momento bajaron del yate más lujoso dos hombres treintones con quepis naval y una muchacha despampanante que usaba un bikini estilo Brigitte Bardot.

-Que la madrina de la nena sea la Miss Caliente Hombres de Villa Petrus es una ofensa a Nuestra Señora -se le encabrita el odio achinado a Josefina.

Jorge Malabia y los hermanos Perotti se sentaron en una mesa reservada del Yacht Club a esperar a Marcos Bergner, que apareció enseguida con un escocés etiqueta negra y llamó por señas al detective.

-Tengo el honor de presentarle a dos de los personajes principales de *Una tumba sin nombre* -se burla con cierto orgullo.

Isabelino Pena les apretó las manos a los púberes eternos y le aclaró a la futura esposa de Jorge Malabia:

-A vos tengo que besarte el anillo por orden del Tata Brausen.

13

LA APUESTA / LUX

Isabelino Pena trataba de disimular los bostezos frente al póker con apuestas muy fuertes que entretenía a los seudomarineros cuando apareció un viejísimo camión lleno de sindicalistas y Marcos murmuró:

-Mierda. Hoy termina mal.

Enseguida distingo a Lázaro, que dirige la descarga de las damajuanas y los costillares en el único parrillero disponible: dan la impresión de ser un comité central uniformado con camisetas y pañuelos-sombreros anudados sobre rostros pinchudos que solemnizan el picnic como si estuvieran acampando en la Sierra Maestra.

-Bueno -recogió una cantidad de fichas y le aceptó un habano a Tito Perotti el hombre de ojos rojos. -Los que terminaron mal fueron ustedes, tigres de la Malasia. Pero a vos te podría desplumar con otra clase de apuesta, Blue Eyes. Me imagino que ya leyeron *Una tumba sin nombre*.

Entonces veo por primera vez al Jorge Malabia de la novela, porque la frivolidad hastiada del muchacho-hombre flaco y rubio se transforma en una incandescencia que me hace pensar erizadamente en Rimbaud.

-No dormimos -carcajeó Tito. -Yo salí bien jodido, pero si el medicucho se sacó las ganas de armar misterio en lugar de cuzquearse con solitarios empaquetados me importa un carajo.

-Perdón -se levanta para llamar a otra rubia recién llegada de la playita la Miss Caliente Hombres de Villa Petrus. -Yo los dejo discutir tranquilos.

-Lo que yo pienso es que el notabilísimo Díaz Grey no tendría que haber publicado esa fábula resuelta con agua y jabón -empezó a patinarle de golpe la lengua a Jorge, que se sirvió más whisky puro.

-Pero yo te podría desplumar apostándote que no enterraste al chivo -me contrabandea una guiñada color víscera Marcos. -Esa es la verdadera mentira de la novela. En la tumba del chivo no hay nada.

-Bueno, entonces estás más mamado que yo.

-No. Te conozco, pibe. Y Díaz Grey no descarta que cualquier excavación en tu jardín podría resultar inútil.

-Claro: porque el Hugo tiene razón y Lux es Jerónimo resucitado -terminó atorándose de la risa el gordo casi idéntico a su hermana. -Mirá: ahí viene mi ahijada con el ungido. Una chalana verde se espeja en el Arroyo de las Palomas y Ana María Malabia y el descaderado nos saludan resplandeciendo y atracan entre un aplauso general que hace salir corriendo a Tito y a la hermana para recoger el moisés.

-Tu futura mujer podrá vivir imitando a la Brigitte Bardot pero tiene más fe que vos, Blue Eyes -babeó el habano apagado el grandote. -Lo que vos enterraste fue la fe y no un cabrón.

-Cómo sabés que no te puedo romper la cara, bestia sucia. Infeliz.

-Bienvenido a la adultez, Jorgito. Y mirá que me podés mandar pegar un tiro en lugar de cascarme. Sería un favor hermoso.

Y de golpe explota la risa-hipo-tos de Angélica Inés Petrus y recién me doy cuenta que el sub-comisario está almorzando con ella: la gigantesca mariposa amarilla sigue sobrevolándola y Josefina parece advertirle militarmente al homúnculo que mirar hacia el malecón significaría perder toda esperanza de ser violado por la walkiria.

-*Ecce chivus* -se entusiasmó Marcos Bergner cuando el cabrito se escapó del moisés y agarró a topetazos algodonosos el vestido-campana de la infanta. -Te portaste muy bien en el entierro de la Rita, pibe. Sobre todo por llevar a Jerónimo. Lástima que allí mismo te hayas quedado sin nafta.

Los sindicalistas saludan a la Malabia con un cinismo paternal y Nikita levanta el puño y todo, pero yo embuto el termo y el mate al lado del revólver y murmuro frente a la Más Dimensión que reverbera en Lux:

-Padre nuestro que estás.

-Está para cagarse en la gente -ladró el hombre-muchacho.

-Mirá que en cualquier momento te hago sangrar la trompa igual que en el *Berna*, neura malcriado -gargajea Superman Bergner.

-¿No se callan un poco? -se dio vuelta colgándose la matera el detective.

Y escucho sentenciar a los ojos del ungido:

-Te falta el último orgasmo para perder el miedo. No alcanza con tu fe. Lo que necesitás es saber festejar la entrada en tu cadáver.

14

LA FOTO / LA MARIPOSA

Isabelino Pena se acercó a Lux y a Ana María Malabia con paso procesional y Tito le pidió que les sacara una foto a los cuatro.

Y recién al contemplarlos desde la ventanita de la Kodak se me ocurre pensar cómo hará doña Glyde para mantener impoluto el vestido que la infanta arrastra cada mañana hasta la estación.

-La chalana se llama *Cristo Obrero* -gritó el padrino ya obeso de whisky acomodándose la golilla estilo Tony Curtis que usaba sobre el chaquetón con botones dorados. -El nombre se lo puso el Hugo.

-Yo me pienso casar con una de estas cofias -se le transfigura la frivolidad a la hermana de Tito mientras Ana María curva el labio turgente y parece pestañear hacia algo no terreno.

El detective esperó que Lux se lamiera una pata y cliqueó entusiasmado:

-Ta. Un poema.

-Pa que canten los ombúes -se arrima el muchacho de tranco idéntico al de una marioneta muy enredada y le pone sal en el hocico al chivo, aunque enseguida se desorbita y chilla señalando los parrilleros: -Allá vienen los cosos a carnearlo con los cajoncitos.

-Son el Juancho Castillo y el choma del farmacéutico, que trabajan para el semanario bolche -informó Tito, menos agresivo que condescendiente. -El mandamiento principal de Barthé y el Kruschev de la convención unitaria es *Manosearás al prójimo como a tu propia pija*.

-Y vos sos más ordinario que ellos -le tapa demasiado tarde los oídos a la infanta la madrina botticelliana.

-Pero no me hago el santo -carcajeó el gordo. -Ni firmo pactos con los nazis y los yanquis y los chinos y mando a morir gente en las barricadas para refregarle mártires a los milicos.

Juancho Castillo rezuma una viscosidad menos feminoide que el famoso mancebo de Barthé, pero en los lentes y los bucles entrecanos rebrilla una voracidad de cafiolo que me eriza hasta la náusea.

-Apártate del vellocino popular, Satanás -sacó relampagueantemente el revólver de la matera Isabelino Pena y paralizó a los fotógrafos de *El socialista*. -No sueñen con robarles el aura a los humildes porque a mí el Señor me dio poquísima paciencia para aguantar maricas lorquianos. Vade retro, carajo.

Y primero se ríen pero después empiezan a chorrear una mugre biliosa y Lázaro aúlla desde el parrillero:

-Paz, compañeros. Paz.

Los dos guardias personales del sub-comisario Rufianeli demoraron en llegar resbalando sobre el pasto arenoso y hasta se chocaron entre ellos, pero el viejo subió el revólver hacia el cielo y apretó el gatillo seis veces explicando:

-Ni una bala, muchachos.

La primera vez que hice este truco en Punta Gorda terminé knock-out, y ahora pienso que estrenar el celdario de máxima seguridad con una buena siesta no me caería tan mal: Juancho y el mancebo del farmacéutico recuperan el color y nos flashean mientras los ursos achinados me arrodillan a patadas y me esposan.

-Cuidado con la Kodak que no es mía -juntó aire como un nadador el detective: -Y acuérdense que ni los levitas del Templo de Jerusalén pudieron con Isabelino Pena, esbirros burros.

Y entonces la tarde de oro se vacía de murmuraciones y Ana María Malabia se me acerca sonriendo:

-Acordate de mi estampita, uruguayo.

Después llega el Rufián frotándose las manos y Lázaro hace recular a gritos a los fotógrafos de *El socialista*:

-Vengan a comer en paz, compañeros. La clase obrera no responde a las provocaciones orquestadas por la rosca.

-No había necesidad de pasar tanta vergüenza, señor *privé* -se acomodó la corbata y el quepis el sub-comisario. -¿O ni siquiera le importa la sensibilidad de las Dulcineas sanmarianas?

Y de golpe lo tapa una sombra muy perfumada y Angélica Inés Petrus se levanta el vestido para mostrar el pubis sin ropa interior y grita igual que un tero:

-¿No le quieren sacar un retrato a la loca de papito?

Y la gran mariposa amarilla se le posó en la orfandad del vellón.

LOS PIES Y LAS PEZUÑAS / EL PULPÓN

Isabelino Pena vio estacionar a Díaz Grey bajo un islote de ceibos mientras el sub-comisario y Josefina se llevaban a Angélica Inés hasta el *sulky* y uno de los policías murmuraba:

-Qué invierno que me pasaría adentro de esa pepa, viejo.

El médico termina acomodando a la walkiria en el Fregate y la ex-sirvienta no se deja ayudar a subir al pescante y nos taladra a todos con un rencor carbonizado que me duele más que los patadones.

Después Rufianeli volvió frotándose las manitos como si hiciera frío y ordenó:

-Pueden soltarlo. Y mire que a Díaz Grey no le acepto nada más que un pedido de gracia, payaso. Así que no espere a que haya crímenes para irse. En Santa María preferimos suicidarnos.

Entonces descubro que Marcos Bergner me está esperando colmilludamente y cuando me invita a comer pulpón siento tanta voracidad que corro a besarle los pies y las pezuñas a Ana María y a Lux.

-Los cosos se cagaron igual que gallo capón -se acercó a venerar al detective el muchacho de mejillas floralizadas por hoyos de maniquí.

-Ahí llegó mamá, uruguayo -se recoge el vestido la criatura y ahora es la mole de doña Glyde la que se bambolea en la jardinera que se incrusta en la sombra bermellón. -Si querés venir a pasear en la chalana avisame.

Isabelino Pena la ayudó a depositar al chivo en el moisés que olía a jazmín y amoníaco y le acarició el jopo al Hugo:

-Mirá que los que corren derecho al cielo son los que dan los saltos más torcidos, botija. Palabra de baqueano.

Y el chivo alza la barba impolutamente infantil y me recuerda:

-No me tienes que dar porque te quiera / porque aunque lo que espero no esperare / lo mismo que te quiero te quisiera.

Jorge Malabia se abrazaba a la hermana de Tito nada más que para no caerse y de golpe desafinó:

-Voy en curda no lo niego / que será muy vergonzoso / pero llevo más en curda / a mi pobre corazón.

-Pedí el tinto que se mandaba llevar Larsen a la casa celeste -se le llenan de viscosidad perversa las comisuras al gordo. *-Cola del diablo*, cosecha del 50.

-A mí pedime una Coca-Cola, nomás.

-¿Ni siquiera va a brindar con nosotros?

-En mi última vida me divorcié para siempre de las tetas de mi madre. Fue el 18 de Nisán del año 30 en Jerusalén.

Nadie sintió curiosidad por descifrar la fecha que dejó caer el viejo como si les mostrara la única baraja capaz de vencer al caos, pero Blue Eyes sacó *Una tumba sin nombre* del bolsillo y leyó un subrayado con lucidez barrosa:

-Su objeto de amor. La corriente es una sola, y no podemos saber cuál y cuánto es el amor que va hacia él y cuál y cuánto es el poder que extraemos de él. Acá Díaz Grey me hace decir esta verdad más grande que toda la mierda junta, y aunque nunca lo haya dicho lo comparto y lo suscribo.

-No alcanza -se ensaña Marcos desenvainando su ejemplar de la novela mientras nos sirven el pulpón. -Porque dos páginas después decís: *Empecé a sentir o saber que todos, todos nosotros, usted, yo y los demás, éramos responsables de aquello, del casamiento de ella con el chivo, de la pareja que maniobraba con torpeza entre las columnas de gente que salían de la estación. Todos nosotros, culpables; y, ya sin razonar, sin que la evidencia me viniera del razonamiento o pudiera ser alterada por él: culpables, todos los habitantes del mundo, por haber nacido y ser contemporáneos de aquella monstruosidad, aquella tristeza. Entonces odié a todo el mundo, a todos nosotros. Y estoy seguro que esto también lo suscribís, pibe.*

-Che: ¿por qué no se dejan de joder con la historieta? -probó el cabernet Tito Perotti.

-¿Y además qué les puede molestar que Anita esté casada con Lux? -le relampaguea una insondabilidad de vitral a la rubia tarada.

-Permiso: voy a comer esta maravilla a lo José Gervasio Artigas -verticalizó su porción con el tenedor el detective, la tajeó desde abajo y la mordió y al terminar de cortar el bocado la carne que cayó en el plato le salpicó sangrientamente la camisa.

Esto quiere decir que el diablo ya metió la cola en serio y los crímenes empiezan mañana mismo, Monsieur le Rufián -pienso mientras mastico.

16

EL VESTIDO / ENTENDER Y DESPEDIRSE

Isabelino Pena esperó que los obreros se fueran en el camión aullando *La internacional* y le explicó a la hermana de Tito Perotti:

-La mujer de la novela se prostituyó para darle de comer a Jerónimo, el cabrón que terminó llevando Jorge al cementerio.

-Sí, Rita: la sirvienta de los Malabia -recupera una indiferencia blindada la B.B. de Villa Petrus. -La conocí hace siglos. Lo que no entiendo es cómo puede importarles tanto ese libro, aunque a mi pobre ahijada también le hayan metido en la cabeza mendigar con un chivito. Y nadie podrá decir que Lux no es un peluche divino. Allá viene Díaz Grey.

El doctor los saludó alzando el bastón y se sentó a tomar café frente a la primera gradación del crepúsculo que anaranjaba el velerío y las circunvalaciones de las gaviotas pescando en el arroyo.

-Yo me voy a dormir una siesta, señores -pone un billete abajo del cenicero Marcos Bergner después de una sobremesa completamente muda. -¿Cómo pensás volver al centro, Bogart?

-Me parece que Díaz Grey me está esperando. Gracias.

Los hombres disfrazados de capitanes y la muchacha semidesnuda también volvieron a su yate, y el detective se acercó al doctor tratando de sonreír:

-Una tarde complicada.

-¿Sabe que me preocupa Linacero? Podríamos ir a verlo un rato. Tengo Mahler en la valija.

-Él prefiere a Tchaicovski.

-No. Sería peligrosísimo. Ya se empezaron a armar líos con mi crónica y estoy seguro que mi defecto fue el mismo que el de Tchaicovski: no transmití mi paz. O los demás la odian.

-Eso nos pasa a todos. Remember Nazaret: lo quiso matar la familia antes que los fariseos.

-¿Usted escribe?

-*Thrillers*. Mis aventuras.

Y cuando aceleramos por el camino que bordea la fábrica y torcemos hacia la plaza el Renault derrapa y casi vuelca para no aplastar a una sombra arrodillada entre la polvareda lila que termina por ser el Hugo: tenemos que destrenzarle las manos y arrastrarlo a la cuneta pero sigue llorando con estertores y chillidos de perro hasta que desembucha:

-Hoy malicié que se lo quieren comer asado al Lux. Y yo prefiero morder la palangre antes que ver a Anita sin pajarío.

-¿Quién te lastimó, mijo? -usó el pañuelo del traje para limpiarle una oreja amorcillada Díaz Grey.

-Doña Glyde no quiere que me coma los jazmines de la Virgen y me cose a fustazos. Pero eso no da frío.

El doctor y el detective llevaron al ex-quintero de Jorge Malabia hasta el fondo de la obra y escucharon eructar a doña Glyde en el cuchitril que olía a puchero rancio:

-La chalana también se vende y al chivo hay que cebarlo con caña, lo mismo. Pero a los comunistas yo los conozco peor que a Perón: si te quieren sacar el jugo que no sueñen con abotonarse en la cola de tu entierro.

Y entonces veo la cuerda de la ropa donde cuelga el vestido de comunión azulado por el ágata y siento como si llovieran estrellas y el dolor nos lavara.

-¿Es verdad que Marcos Bergner quiere apostar a que Jerónimo no está enterrado en el jardín de los Malabia? -rompió la mudez mutua el hombre de mechón albino cuando estacionó frente al edificio Montserrat.

-Es verdad.

-¿Y usted qué piensa?

-Ya se lo dije hoy. Que lo que había en los ojos del cabrón no se puede enterrar. Lo demás es literatura. Pura.

-Perdone que me divierta sin malignidad: ¿pero piensa escribir su *thriller* sanmariano a partir de mi crónica y cree que alguien se pueda tomar el trabajo de entenderlo?

-Lo único que me importa es entender mi vida, colega. Y despedirme en paz. El maestro Linacero sabe de lo que hablo.

-Lástima que Linacero crea en Rimbaud y en Tchaicovski.

17

MAHLER / EL RELINCHO

Isabelino Pena y Díaz Grey encontraron a Onetti sustituyendo la segunda inscripción tachuelada en el lambriz por otra que rezaba: *Señora: yo no soy digno de entrar en tus huesos / pero una mano tuya bastará para sanarme.*

Y siento que me acogotan unas iluminadas ganas de llorar por el Hugo.

-¿Un JB, doctor? -destapó la segunda botella el hombre enamorado del resplandor de Anita. -Dicen que es para mujeres, pero los burros piensan lo mismo de Piotr Ilich Tchaicovski.

-Acepto uno con soda y propongo el *Adagietto* de la quinta de Mahler -me señala el tocadiscos el domador de la walkiria. -¿Recuperó la pierna que baila, Linacero?

-Salud -aceptó un *Chesterfield* Onetti y demoró muchísimo en prenderlo y esperó que derramara la música para besar el whisky. -Lo que me maravilló y me curó fue el final del penúltimo capítulo de su historia, doctor. Cuando Jorge Malabia se queda solo con

el cabrón en el velorio de Rita y camina por el piso de tablas y las velas se ponen a bailar. Me gustaría conocer a ese muchacho.

-Ese muchacho está muy cambiado -oigo hervir la caldera y vuelvo enseguida de la cocina con un mate espumoso. -Hoy lo vimos en el Yacht Club de la Colonia Piamontesa con la Perotti y el futuro cuñado. Fue una tarde terrible.

-¿Estaba Anita?

-Por supuesto. Los padrinos le regalaron una chalana para pasear por el Arroyo de las Palomas con el chivito pero Lázaro y los fotógrafos de *El socialista* ensuciaron todo.

-Che, hablando de la revolución: ¿vos te llevaste mi revólver?

-Sí. Y me lo confiscó el sub-comisario Rufianeli.

-Bua. Te habrás puesto histérico.

-Mirá: la próxima vez que a vos te dé un ataque de asco y quieras escupir a los manoseadores de la pureza llamame y yo te calmo con tiempo.

-Hay que tener paciencia con Marlogüe, doctor -alzó burlonamente la trompa el hombre triste. -No sé quién escribió que los que se indigestan con la redención terminan haciendo caca en el yelmo de Mambrino. Así que hubo escandelete. Cuenten. Yo soy muy chusma.

-Me imagino que oyó hablar de la hija de Jeremías Petrus -se suena la nariz con vergüenza Díaz Grey.

-Cómo no. Una belleza digna de Piotr Ilich, según me comentaron. *Oh something pernicious and dread! / Something far away from a puny and pious life! / Something unproved! Something in a trance! / Something escaped from the anchorage and driving free.*

-Nos pensamos casar a fin de año.

-¿Sabe que ayer soñé que inventaba una mariposa para abrigo a esa mujer? Porque la veía como una loba desnuda. Con todo respeto.

El detective y el hombre de mechón albino se mostraron los dientes y recién al final del *Adagietto* Onetti agregó:

-Che, Marlogüe: ¿no le dirías al doctor que lo quiero?

-Contéstele que yo también lo quiero, por favor -clava la miopía empañada en el lambriz Díaz Grey. -Y que le agradezco mucho la lectura de mi crónica. Aunque siento que no tendría que haberla publicado.

-¿Por qué, hermano? ¿Otra copa?

-No. Para mí está bien.

-Yo me pienso seguir emborrachando. Si no me lo contraindica mi hermano de cabecera, of course.

Y después manoteó la edición de *Marcha* y usó los lentes como lupas para glosar un párrafo subrayado con muy mal pulso:

-El médico es un buen narrador porque se detiene a querer lo que ama con la dorada lentitud del que está descubriéndose a sí mismo, seguro de que la verdad que importa no está en lo que llaman hechos. Y desinteresado de que yo, el público, pueda ser grosero y frívolo y aburrirme.

-Y además segurísimo de que cualquier lector de este mundo merece recibir el tesoro que le cayó del cielo -se entusiasmó Isabelino Pena.

-Vos callate y chupá agua, ego fálico.

Entonces nos paralizan un galope rabioso y un relincho de agonía adolescente que llega con nitidez desde la calle muerta del domingo:

-Soy Jorge Malabia, doctor. ¿Baja o subo?

EL IDIOTA Y LA INMACULADA

Isabelino Pena vio que Díaz Grey mordía resignadamente un cigarrillo y salió al balcón a gritarle a Jorge Malabia que subiera.

Y es como si el odio que emerge fosforeciendo del ascensor fuera el verdadero esqueleto del hombre-águila sudado y desmelenado que huele un poco a bosta.

-Díaz Grey está en el dormitorio -se quedó con la manito en el aire el detective y aprovechó para reacomodarse el jazmín de la solapa.

-Disculpe la persecución, doctor -sondea el retrato de Juan hecho por Sabat el tío de Ana María Malabia y sigue a las zancadas hasta el cuarto neblinoso. -Hagen me dijo que andaba por aquí y no pude esperar más.

-Gusto de conocerlo -señaló su ejemplar de *Una tumba sin nombre* Onetti. -Hay una silla libre, JB y tinto *Los abuelos*. ¿Cómo se las arregló para atar el caballo, si no es indiscreción?

-No hubo necesidad. El caballo es de sangre pero no humana -se aplasta el buclerío flamígero Blue Eyes. -No sabe traicionar.

Entonces el doctor se preparó otra copa sin soda y el viejo le ofreció un mate a Jorge, que prefirió servirse vino de la damajuana y sentarse en el suelo.

-Vine a invitarlo a ver un espectáculo obsceno que organicé en el fondo de casa, frente al parrillero -se le curva una mínima amabilidad a Blue Eyes después de un trago que le hace saltar varias veces la nuez. -Marcos Bergner y Tito Perotti ya deben haber llegado hace rato.

-Llegado para qué, mijo.

-Yo preferiría que no vuelva a llamarme así, doctor. Y además ahora me toca el turno de preguntar a mí.

-Postergue la pregunta -ordenó Onetti, manso. -Estamos en mi casa y yo quisiera que me explicara a quién se le ocurrió que su maravillosa sobrina saliera a pedir plata adorando y explotando a un ícono cabrió, igual que la mujer de la novela. Además de disfrazarse de novia mística y usar postales del Señor de la Paciencia. Porque estamos frente a la astucia más perversa o la santidad más absurda. Y cualquiera de las dos señales son demasiado humanas. O hay milagro escalofriante o trampa repugnante. Mijo.

-Me imagino que usted conoció al Hugo, señor dueño de la casa.

-Eladio Linacero.

-Okey. El Hugo fue el peón que me ayudó a enterrar a Jerónimo aunque eso no figure en el libro de Díaz Grey, Mister Linacero. Es un muchacho que tiene una fe parecida a la de Jacob van Oppen, un ex-campeón de lucha libre que hizo historia en la ciudad por su indecencia digna de los profetas más extraordinarios: los que se cagan en lo imposible y enseñan a soñar la verdad sin muerte.

-Escuché hablar bastante de Jacob van Oppen y del Príncipe Orsini, Mister Malabia. Y de paso le informo que he tenido la suerte y la desgracia de vivir unos cuantos años en la Colonia Suiza. Escribiendo encerrado, pero atento.

-Bueno, el Hugo sería un caso de anormalidad por el estilo. Con el físico deforme y una fe alucinada, infantil. Como quiera. El año pasado se conchabó con mi primo y cuando Anita tomó la comunión trajo a Lux diciendo que lo había encontrado enterrado en el fondo de casa.

-Eso es hermoso -se huele el jazmín impoluto del pijama Juan. -¿Pero la idea de pedir para el Cristo obrero también la inventó el idiota?

-No es idiota del todo -chistó Díaz Grey. -Aparte de que la madre vive en Enduro y conoció a la Rita y a Higinia y se crió con doña Glyde. Y ahora se están forrando con las recaudaciones piadosas.

-Que se forren, doctor -termina el vaso Jorge. -Y que los bolches de la convención se inventen una Eva Duarte y sueñen con arrear a las bases peronistas. Todo en la vida es mierda, igual.

-Todo menos la inmaculada concepción de Ana María -corrigió Onetti, soplando un aroameba plateado. -Es como si el Tata la hubiera soñado para que yo entendiera que tengo un alma sin cuerpo. No se fíe de Rimbaud, Mister Malabia.

-Ni siquiera lo leí.

-Pero usted quiso cambiar la vida como Rimbaud. Quiso ser más que el Tata que no existe, mijo.

-La que no existe será tu madrina -se me escapa un pedo imponente y nos reímos un poco.

19

DE VIDA O MUERTE / LA BLANCURA

Isabelino Pena explicó:

-El mate me provoca mucha aerofagia.

-Con estos detectives anales se terminó hasta la ética chandleriana, doctor -aprovecha Juan para ir cadenciosamente al baño y al volver se desparrama aliviado y pone trompa de juez. -Su pregunta, Mister Malabia.

-Ya es tarde, pero no importa -entornó el odio cobalto para descifrar la tercera inscripción del lambriz el hombre que olía a establo y a sudor indefenso. -Y que los demás invitados al circo esperen estudiando las apuestas. Usted sabe lo que quiero preguntarle, doctor.

-Claro. A usted lo que le interesa es saber por qué se me ocurrió tentar a mis sacrificadísimos lectores con una posible media vuelta de tuerca final para el melodrama debussyano -se le dulcifican los huecos del cráneo a Díaz Grey. -Pero no es ninguna ofensa. Al contrario: en ese momento tuve la sensación de que usted podía ser incapaz de enterrar a la divinidad o a Jerónimo como **idea** de la divinidad, aunque los humanos le den tanto asco.

-Pero se equivocó. Hizo una trampa al solitario y después publicó el esperpento de barajas trasnochadas y que los personajes se jodan.

-Incluido yo, mi amigo. Pero lo publiqué sin ninguna ambición. Un colega me pidió el manuscrito y terminé dándole la única copia. ¿Qué me puede importar ser difundido por un semanario uruguayo que se dedica a revender la ilusión de Robespierre and Company?

-Confieso que a mí también me chocó un poco el relativismo del penúltimo párrafo -se clavó la bombilla en el resplandor sarroso Isabelino Pena. -Demasiada *multiple choice*, para mi gusto. Y sin embargo importa. Importa porque sugiere que no hay nadie que no le tenga amor a la pureza del Hombre Nuevo. El caballero de la fe que usted quiso ser tirado en aquella cama mugrienta mientras esperaba el milagro de que Rita se salvara del emputecimiento. Rita o la humanidad entera.

-Vos chupá despacito o voy a tener que dormir en el balcón -siento que Juan me quiere igual que a un perro o al Hugo y me dan ganas de salir a gritar que la vida es tan perfecta como la última cena.

-Yo no puedo pedirle disculpas porque todo lo que escribo me cae del cielo -enderezó el bastón Díaz Grey. -Pero no siento la desconfianza de Marcos Bergner y no tengo el menor interés en apostar o en ver la exhumación de Jerónimo. Los circos no son tan tristes.

Entonces el hombre de sobacos aceitosos saltó eléctricamente y después de incrustarse en el azul sin luna y silbarle al caballo se sirvió un dedo de tinto *Los abuelos* aunque ya no se sentó:

-Preciso que me acompañe, doctor. Podrá parecer cursi, pero para mí es cosa de vida o muerte.

El médico apura el whisky mientras yo me adelanto a guardar el disco y de golpe Onetti ronca:

-Lo que es de vida o muerte es la blancura de la novia robada, señores. ¿Su sobrina está pidiendo piedad en la estación desde el 8 de diciembre y piensan que el vestido no se le va a marchitar?

-Doña Glyde lo lava todos los días -cargó la bandeja y metió el disco de Mahler en la valija de Díaz Grey Isabelino Pena. -Y lo que mendiga Anita es **fe**, no **piedad**. Remember Job, dear Carr.

-Eso te lo contesto en Casiodoro, ratón del Vaticano: ¿qué diferencia tienen un traje de comunión y un trapo de cocina a la hora de gastarse?

-Nadie puede imaginarse lo que yo odio a ese trapo de comunión, señores -se vuelve casi más Rimbaud que Rimbaud Jorge Malabia. -Habría que quemarlo en público y

pedirle perdón a los recién nacidos por traerlos a este chiquero lleno de estrellas que van a congelarse.

-El problema es que los recién nacidos no entienden *el hablar de los astutos*, Mister Blue Eyes -se puso el gacho el detective. -¿Los puedo acompañar a su casa?

-Cómo no. Lo único que precisábamos era un payaso de verdad.

-Y lo que yo precisaría es hablar más tiempo con usted -señala la tristísima tapa de la edición de *Marcha* Onetti. -¿Mañana podría ser? Sin caballo, por favor: me pone mal que espere.

-Okey. Si me guarda el tinto.

20

LOS LOCOS / LA PALOMA

Isabelino Pena y Díaz Grey saludaron con un gesto a Marcos Bergner y a Tito Perotti mientras Jorge Malabia clavaba la pala en una franja arenosa que separaba a los naranjos de la verja llena de glicinas y le advertía al quintero:

-El pozo lo hago yo solo pero vos lo tapás antes de que amanezca. Así que no chupes más.

El peón se llama Mingo y puede tener cuarenta o sesenta años borrachos desde siempre: los padres de Blue Eyes veranean en Villa Petrus y el enorme fondo aplastado por las estrellas huele como un baldío.

-Acabo de cruzarme con doña Glyde y Ana María en el Camino de las Tropas -le pasó la petaca Marcos a Tito. -Iban a ver a Higinia en la jardinera. Se está muriendo en Enduro y las mandó llamar.

Entonces miro al doctor pero encuentro la luz del parrillero bloqueándole los lentes y me erizo pensando en Lux y en el horror del Hugo.

-Vos rodaste por tu culpa / y no fue inocentemente / berretines de bacana / que tenías en la mente -filosofó acomodándose la golilla jolivudense Tito Perotti. -La parda Higinia. Qué preciosidad.

-Qué lo parió. Este terreno es una mierda -se saca la camisa Jorge y sigue hundiendo la pala a tacazos y amontonando arena sobre el óvalo del farol a mantilla que sombrean las palomas alborotadas. -Tres años sin tenis y sin remo y estoy más oxidado que los notables del Club del Progreso. Con todo respeto, doctor.

-Por lo menos no precisa bastón -sopló el humo con la angustia clavada en las Tres Marías el hombre de elegancia perpetua. -Me imagino que lo habrá enterrado bastante hondo para que no lo profanara la perrada.

-Lo que se llama una sepultura misericordiosa -sacude la melena y eructa con alevosía Superman Bergner. -Sin cruz, pero cristiana.

-Así que Higinia también vino a reventar a Santa María -pareció comentarle nada más que a su barriga el padrino de Anita.

-El paraíso tan temido -se agarra los riñones Blue Eyes y me acuerdo del Caballero de la Rosa amontonando flores para agradecer el reconocimiento de su última pureza. -Los que vuelven están más locos que nosotros.

Cuando sonaron las doce campanadas en la plaza Orión ya no se veía y Jorge se acalabró y terminó tirando los guantes y la linterna desde el fondo del pozo.

-Aquí no queda ni un hueso ni un cuerno ni una pezuña del cabrón. Te voy a matar,
Mingo: esto fue culpa tuya.

El quintero retrocede y cae sentado contra las glicinas mientras Marcos se arrodilla
estirando los brazos al borde de la polvareda fosforescente y chista con cariño:

-Arriba, pibe. Y mirá que se anula la apuesta porque me convenciste de que enterraste a
Jerónimo. Pero alguien lo robó.

-Qué cagada -sonrió babosamente Tito. -El Hugo se llevó los huesos pal puchero,
nomás.

-Bueno -recoge el pañuelo que puso sobre el banco de cemento hecho para comer
asados Díaz Grey. -Yo lo lamento mucho y juro por el pater Brausen que nunca más
publico nada.

-¿Y qué hacemos con el misterio? -rechazó la ayuda del grandote Blue Eyes y se cayó
dos veces antes de emerger juvenilizado por el enchastre playero.

-Contrate un detective -levanta el bastón el médico hacia la platería infinita. -Aunque el
misterio es el problema más grande de la humanidad.

-Es que el único enfermo que pudo haber hecho esto fue el Hugo. ¿Y vos cómo no lo
viste, perro de mierda? -amagó patear a Mingo el muchacho-hombre chorreante. -¿O me
van a convencer de que el orejudo tiene cerebro para mamarte primero y después
escarbar y tapar y cargar la jardinera sin que nadie lo vea?

-Las torturas dejáselas a los matones de Rufianeli -hace rebrillar la petaca el grandote y
se la ofrece al quintero, que no atina a soltarse la boina y babea un desamparo más
hondo que el de un perro.

Entonces se desató un inconfundible tremolar de alas en cruz y vieron subir una paloma
blanquísima desde la tumba y atravesar el monte de naranjos para incrustarse en el
cobalto pálido.

-Estos bichos viven cagando todo y metiéndose en todo y después dicen que representan al Espíritu Santo -le acepta whisky Jorge Malabia a Marcos Bergner. -Y pensar que los cuentos de milagros que eructan los Favieri se inventaron usando estas casualidades.

21

EL DEGÜELLO Y EL ROBO / LA PELOTA

Isabelino Pena gritó:

-Te dije que te fueras, carajo.

Estoy soñando con *In my life*, una canción de los Beatles que mi hijo adoraba: y cuando reconozco como mi mejor recuerdo el rostro de la muchacha que me ofreció la primera visión perfecta de mi alma se superpone la belleza de mi madre muy joven y pego un salto horrible.

-Voy -se sentó en la cama el viejito después que le aporrearon varias veces la puerta y corrió a abrir vestido con una bermuda negriazul y la camisa chorreada por el jugo del pulpón.

-Perdone la hora, don Pena -entra sin pedir permiso Jorge Malabia.

-Qué pasó.

-Degollaron al Hugo y robaron al chivo.

El detective metió la cabeza abajo de la canilla de la mesada y prendió maquinalmente el primus:

-Qué horas son.

-Están por las dar las ocho -le distingo nada más que la nariz cadavérica y los pinchos bronceados de la barba mientras abre la persiana y apelotona una caja de *Lucky Strike* y busca otra en el vaquero. -Lo encontró el Tito después que terminamos de timbear en el yate, muy de madrugada. No estábamos tan borrachos. Pero al gordo le dio un ataque místico y empezó a acordarse de cuando tomamos la comunión y dijo que precisaba ver a Lux y me pidió que lo acompañara al Cristo obrero y yo no le di bola.

Isabelino Pena preparó el mate y espantó el humo tosiendo:

-Abrí un poco la ventana. ¿Dónde está Ana María?

-Ya las traje de Enduro. Tito vino a despertarme después que hizo la denuncia y yo no quise ni ver, pero parece que al Hugo lo habían degollado un rato antes porque la cuchilla todavía goteaba. Y en el camino a la Colonia hay pintadas frescas que dicen PAZ Y UNIDAD y TODOS AL ASTILLERO.

-¿Y Marcos?

-No tengo idea. Últimamente duerme la mona tirado donde caiga y el Impala no está en el club. Merecería esracharse contra un caballo o que se lo llevara puesto un tren, pero no tiene suerte. Ah, me olvidaba: a Díaz Grey lo llamaron a meter el hocico en la autopsia porque el notabilísimo no puede quedar afuera de nada digno de ser noticia. Y a Ana María le robaron el vestido de comunión. La plata la tenía doña Glyde arriba, por supuesto.

-Le robaron el vestido.

Y durante las ocho campanadas que se eternizan en la plaza me encorvo para besar la bombilla porque siento que en lugar de brazos tengo caños de hielo.

-Lo quiero contratar para que investigue la maldición de los chivos, don Pena -casi sonrió Blue Eyes. -¿Cuánto cobra?

-Carísimo. **Preciso que tengas fe.** Las **milicias de la evolución** hacen lo que hay que hacer para que el dueño de la perfección conquiste otra morada.

No me doy cuenta si Jorge se agacha aplastándose el oro sucio de las entradas para no cagarse de risa o para no llorar, pero advierto:

-Si pensás que la fe se te acabó cuando le diste la **orden** al Señor de que desempoteciera a Rita vas muerto. Los milagros los ofrece el Señor pero los **hacemos** nosotros. Sin que nadie dé órdenes.

-Lástima que no conoció al padre Bergner -se despatarró en la cama muy revuelta de la pensión el tío de Ana María Malabia. -Hablabas como usted: en marciano. Y siempre se las arreglaba para hacerme sentir que el que tenía razón era él.

-Eso es porque la razón la tenemos **nosotros**: las **milicias**. Y me tuteás o te vas.

-¿Pero qué precisás además de fe?

-Transporte. Un chofer fijo. ¿Dónde van a velar al Hugo?

-En el establo.

-¿Sabés jugar al fútbol?

-No tanto como al tenis, pero nací con calidad.

-Y modestia. Bueno, la fe es igual a una pelota de esas que aguantan los pibes sin dejar caer al suelo: con las dos piernas y las dos rodillas y la cabeza y hasta la nuca.

-Gané varios concursos. Y una vez llegué al 777.

-Gran número. Lástima que los dueños de la culturita nunca les enseñen que si te perfeccionás en serio un día la globa queda flotando y entendés la verdad.

EL DIBUJO / EL ENTIERRO

Isabelino Pena se tanteó el jopo muy engominado después que bordearon el templo valdense para internarse en la sombra esmeralda de la plaza y murmuró:

-Acá hay más candidatos a la gayola que en un crucigrama de doña Agatha.

-¿Y qué puede tener que ver el robo de Jerónimo con el de Lux? -estaciona atrás del furgón policial que vigila la obra del Cristo obrero Jorge. -Antes de pasar a buscarte fui a casa y encontré a Mingo durmiendo al lado del pozo. Por lo menos lo tapó, el desgraciado.

-Bueno, los crímenes casi nunca se sincronizan tanto como en las películas. ¿Aquel no es el Impala de Marcos?

-No. El de Tito. Se compraron los dos únicos que trajo el concesionario. Frivolidad obliga.

El gordo supervisaba el velorio entrajado y alhajado con un reloj de cadena, y le informó a Blue Eyes que Anita lo estaba esperando en el establo y que todavía no habían traído el cuerpo del Hugo.

-Lo degollaron en la gruta -me lleva hasta el rocón y empieza a pellizcarse las manos frente al dibujo del cuerpo delineado con cal sobre la tierra ya negra de sangre. -Es increíble que haya muerto defendiendo el vestido de comunión.

-¿Estás seguro de eso?

-Sí. Se ve que no vinieron a matarlo pero él salió con la cuchilla de doña Glyde y kaput. Y le juro que lo entiendo, porque para mí ese vestido era más lindo que las nenas que se ponen en edad de usar sutien.

Isabelino Pena intercambió un rebrillo de repulsión con el milico que custodiaba la hornacina azulada por el ágata y señaló la ropa colgante:

-Fue un sacrificio hermoso.

-¿No me da un mate, jefe? Aunque le aseguro que no va a ser un velorio de pobre porque doña Glyde está cocinando desde que llegó de Enduro.

-Y Ana María cómo está.

-Empacada en que velen al Hugo en el establo. La hija de Petrus le mandó un gatito de regalo con Jose.

Y cuando nos sentamos en la vereda distingo una obsesión estrábica taladrándonos desde una reja del viejo casco de estancia y me erizo:

-Me imagino que al chivo se lo llevaron con el moisés y todo.

-Por supuesto. ¿Sabe que ese bicho me hacía sentir bueno? A Jerónimo lo hubiera tirado en la parrilla, pero este Lux me gustaba más que las nenas con tetas. Y anoche sentí unas ganas tan desesperadas de verlo que me largué hasta acá como un loco y descubrí este asquete.

-Me contó Jorge.

-El histérico de mierda. El candidato a santo que se caga en cualquier buena intención. Me insultó y se fue a dormir. Díaz Grey lo sacó bien en el libro: vive en pose.

Y de golpe escucharon las zancadas de Blue Eyes atravesando la obra con una crispación que asustó al detective:

-Qué pasa.

-Pasa que el Hugo sabía que lo iban a matar para comerse al chivo y le pidió a mi sobrina que lo enterraran como a la Rita. Y en Santa María no se usan carrozas con caballos desde que cerró Miramonte. Grimm debe haber usado la última cuando murió mi hermano.

-Perdón -se mete el alfiler de corbata en un colmillo el gordo. -Tu sobrina es mi ahijada y va a ser más linda que mi hermana y tiene más cabeza que la señora del gobernador.

¿Pero esta procesión no la estará inventando ella? Además ya no hay chivo. Y a la Rita la acompañaron vos y el chivo.

-Quiere ir ella con la yegua.

-¿Con María José? Bueno, en el club siempre escuché decir que la yegua y el Hugo parecían más que amigos -se tapó una risa-eructo el hombre de chaleco hinchadísimo. - Me parece que Barrientos todavía vive en Enduro: le tirás cincuenta pesos y te embetuna dos ponys. Y si no encuentran carroza lo pueden llevar en la jardinera, nomás. Total a quién le importa.

-Mirá: si los bolches te hubieran matado a vos me afiliaba enseguida -grita Jorge desde su auto y el perfil se le humedece con una fe solar. -¿No la acompaña un rato a Ana María, don Pena?

-Si no me tuteás, no.

Jorge cabeceó sonriendo y Tito se acomodó provocativamente la entrepierna.

23

FÉLIX / LA GORGUERA

Isabelino Pena encontró a Ana María dejándose lamer un pechito por el hijo de la gata de Angélica Inés Petrus y le ofreció una mansedumbre lastimada y fluvial:

-¿Ya le pusiste nombre?

-Se va a llamar Félix -se sube el bretel del traje de baño y señala a la yegua. -Ella es María José.

El detective se taponeó varios estornudos y se sentó a tomar mate en un pedazo de ñandubay.

-Lo importante es el trago triste -me sondea reverberantemente el animal mientras espanta con la cola el mosquerío bostero.

-El Hugo me contó que el entierro de la Rita fue más lindo que un arcoiris -aceptó un mate la chiquilina que levantaba demasiado los ojos al hablar. -Y Jorge me contó que cuando la pusieron en el cajón Jerónimo empezó a chuparla hasta que le vieron la cara que tenía cuando era chica. Y las velas bailaban.

-Cómo está Higinia.

-Esperando que le venga la cara de la Virgen. Pero dice que la tos le ladra unas porquerías horribles. ¿Vos conocés a un uruguayo alto y de lentes que llegó la semana pasada y me compró un Señor de la Paciencia?

-Es mi maestro.

-Yo le regalé un jazmín como el tuyo y él me puso una mano en la cabeza y me dio cien pesos. ¿Podés llevarme a verlo?

-Cuando quieras.

-Me llevás esta tarde y después me siento acá a esperar a Lux. Hoy me dormí un ratito y soñé que Lux tenía puesto mi traje de comunión.

Y de golpe se le riza el labio y la belleza castaña rebrilla refrescando el jedor sin fondo del establo.

-Rufianeli encontró a Marcos tirado en el Puente de los Condone -escucharon comentar a Jorge Malabia en la puerta.

-¿El Hugo ya jiede mucho? -no le da la menor pelota doña Glyde. -Yo preparé empanadas de carne y pasteles de membrillo. Y caña hay cantidá. Se lastra en casa y listo.

-Rufianeli anda arreando bolches que da placer -carcajeó Tito.

Entonces no tengo más remedio que salir y llevar aparte a Jorge para preguntarle dónde queda el Puente de los Condone.

-Aquí cerca -explicó el tío de Ana María, ya afeitado y uniformado con el saco sport jolivudense. -Es el primer puente de fierro que hubo en Santa María y está por derrumbarse desde que yo soy chico. Pero abajo se formó una especie de revolvedero oficial.

-¿Y Marcos amaneció en el auto?

-Sí. Y ya está declarando. Rufianeli peinó hasta el fondo de casa y arreó a Mingo, por las dudas. Ahí traen el cajón.

Y cuando vuelvo al establo encuentro a Félix succionando el pezón floral de Ana María y atrás aparece Tito con ojos fascistas y la obliga a embutirse una solera y le tira un patadón al cachorro:

-Somos todos lo mismo. Lo único que nos importa es sacarles la ropa. Después te traigo una mamadera para que lo tranquilices y hoy mismo te comprás un vestido de comunión como la gente y chau chivos en las estaciones. La plata del Cristo obrero la juntamos organizando kermesses.

-No te preocupes porque Lux y el vestido van a aparecer -acomodó un jergón destripado la chiquilina. -Hugo quería que lo velaran aquí arriba.

Entonces el gordo sale a fumar a la puerta del cuchitril-horno con los rulos muy gomosos y lo sigo dándome cuenta que lo que le chorrea hasta el cogote colorado es más hondo que el sudor.

-Viva la humanidad, don Pena. Lo mejor es enterrar la mariconería y seguir cagando gente -se secó las facciones idénticas a las de la Brigitte Bardot de Villa Petrus Tito Perotti y ayudó a cargar el humíldisimo cajón con una cruz excavada.

-Yo quiero ver al Hugo -pide la chiquilina y Blue Eyes se resigna a destapar la sonrisa del peón-muñeco orejudo que ahora parece usar una gorguera de coágulos barrosos.

El gordo salió corriendo a vomitar pero Jorge Malabia le acarició la nuca a su sobrina.

-Después del trago triste empieza la fiesta -me encandila la yegua mientras plumerea un malón de tábanos con la cola calmosa.

24

EL ARCOIRIS / LA DESPEDIDA

Isabelino Pena le explicó al guardián del cementerio:

-Fue hace como diez años, cuando este camino era de tierra. Jorge Malabia y un chivo rengo acompañaron caminando a una mujer desde Enduro. Todavía había entierros con caballos.

El gigantesco hombre curtido y conservado en caña mide la aparición de la carroza entre una llovizna que no alcanza a tapar el sol y ladra:

-¿Pero por qué hacen estas cosas?

-Por piedad -sonrió el viejo hacia el Renault Fregate y el Impala Mariposa que esperaban tachonados por las acacias amarillas.

Jorge se moja apoyado contra su jeep y cuando las siluetas de Ana María y la yegua se recortan nacaradamente en la curva del caserío arracimado sobre el gran campo chato me grita:

-¿Sabés que conseguí al mismo cochero que trajo a la Rita?

-¿Barrientos? -se acercó a Blue Eyes el detective con cabeza de pájaro y aprovechó para ponerle una manito en el hombro. -Debe estar echando espuma.

-No: está encantado. Le tiré mucha guita. Me imagino que tendrá una jubilación miserable y además se acordaba de mí y del chivo como si hubiera visto un milagro. Mirá que la gente es rara, carajo.

-Muchas veces es santa.

-Pa -suspira el guardián con los enormes ojos vidriosos enojados por un arcoiris que acaba de irrumpir sobre el río. -Esto sí que nunca vi. Parece un puente que llegara hasta Salto.

El cochero era viejísimo y masticaba tabaco babeando una indoblegable placidez: la chiquilina llevaba un ramo de jazmines adiamantados y la yegua la escoltaba sin necesidad de que la ataran.

Jorge ayuda a los peones a bajar el cajón y lo cargamos con Díaz Grey y Tito mientras Angélica Inés obliga a Josefina a sostenerle el paraguas como sombrilla.

-Terrible sol -murmuró el guardián cuando llegaron a la fosa empenachada por una vaporosidad celeste y se inclinó a agregar en la oreja del detective: -Después sale un truco gallo y un Santa María Libre en el osario. La caña paraguaya con Coca-Cola helada es para los dioses.

Ni siquiera le contesto porque le estoy espiralando un tándem de Avemarías y Padrenuestros al arcoiris difuso mientras pienso que doña Glyde y los sindicalistas se llevan demasiado mal en público.

-Un momento -sonrió el viejo apenas Ana María dejó caer los jazmines sobre el cajón ya apoyado en la arcilla. -Lo quiero despedir.

Y justo entonces cruza una mariposa dorada y Angélica Inés hipa:

-No me robes el alma, sinvergüenza.

Díaz Grey hizo retroceder de un brazo a la walkiria mientras Isabelino Pena se tapaba la bragueta con el gacho para rezar:

-Que se enteren los gusanos de que ya está servida la envoltura del ángel. Que se enteren la barbarie ilustrada y todas las utopías de que ya descuartizamos la Purificación. ¿Quién arruga la fe? No es verdad lo que dice. Aquí no canta nadie ni vomita cicuta ni festeja con odio ni abraza las culebras: aquí no quiero más que un pedazo de pez para lamer la vulva sin fondo del planeta.

Y cuando veo de reojo que el gordo abraza a Ana María me relampaguea un clic en las vértebras y grito:

-Yo quiero ver aquí al marica filosófico. Al hombre que se peina el esqueleto y miente con corbata de hiena y palio de mesías. Aquí lo quiero ver. Adelante del pozo. Dormí, Huguito: no escuches el tablado del mundo. La guerra sigue andando con su hambre de oro negro y el miserere de los cocodrilos anuncia la llegada del reino del vitral.

Y antes de que el cortejo llegara a la salida se escuchó un gran frenazo y apareció Marcos corriendo y terminó pegándole una patada a una acacia que lo bañó de pétalos vangoghianos.

-Todo pronto. Me imagino que tu párroco no le hubiera prestado los servicios sacramentales al hereje de la estación -escupió en el asfalto ya seco Jorge Malabia y cabeceó hacia el jeep. -¿Adónde vamos, Bogart?

-Tengo que llevar a tu sobrina a lo de Linacero -me calzo el gacho con la erección completamente aplacada.

-María José sabe volver sola a casa -se escurrió la melena color miel la infanta.

25

LA YEGUA / LA MANO

Isabelino Pena y Ana María subieron al jeep mientras Marcos berreaba hacia la paz azul ahora apenas perforada por el inmovilismo de los cuervos:

-Me cago en los milicos fascistas y en los bolches carroñeros y en los curas calzonudos y en los chivos de mierda.

-Soñé que el uruguayo alto vivía en un rascacielos -sonríe la chiquilina cuando doblamos hacia el centro y Jorge Malabia me hace una guiñada donde titila una pizca de fe.

-*Tiens* -señaló el detective a María José, que ya trotaba por la curva de Gramajo. -Este animal es un avión, mijita.

Y la yegua me enfoca con una gravedad de topacio y sentencia:

-Tu corazón no está pronto para la fiesta.

Al pasar por el Mercado Viejo vieron la carroza casi deshecha y las mulas de Barrientos, que tomaba una cerveza en la vereda y parecía masticar el oro-carmesí desovado por el poniente en la isla de Latorre.

-El uruguayo vive en el último piso del rascacielos -le muestro el *Montserrat* a Ana María sintiéndome un rey mago y ella se peina con mirada de altar.

Isabelino Pena hizo sentar a la chiquilina y a Jorge frente al cuadro de Sabat y se metió en el útero humoso y encontró a Onetti dibujando cruces con vino en la mesa de luz y trajo una toalla tibia para despabilarlo igual que en los aviones.

-Qué podrido que me tenés, ego fálico -prende un cigarrillo al revés y el crujido jediondo del filtro lo pone lúcido del todo.

-**Ella** te necesita. ¿La hago pasar o la llevo de vuelta a la Colonia? Esta madrugada asesinaron al rengo y robaron el chivo y el vestido de comunión.

-Pero avisen, carajo -se tanteó la mandíbula pinchuda y secó los goterones de tinto y los libros manchados el hombre alto. -Y yo sin el revólver porque querés imitar a Marlogüe pero parecés el Pato Donald.

-Tené fe, Juan.

-No tengo fe un carajo. Pero hacela pasar, querido. Y mirá que yo sé quién soy, aunque a veces me olvide hasta de cómo me llamo.

-Ahora el que te está llamando es el Tata.

-¿No te podrás callar un **poquito**, elfo del Vaticano?

Entonces voy a buscar a Ana María y Blue Eyes nos acompaña y se queda soldadescamamente recostado en la puerta del dormitorio.

-Hola -se paró frente a la cama la chiquilina de pezones precoces y mal defendidos por la solera con dibujos de Disney. -No perdiste el jazmín.

-No, hija. Porque te estoy queriendo y esperando desde antes que vos nacieras.

-Pero no soy tu hija. Y preciso que me pongas la mano en la cabeza igual que en la estación.

Ahora Onetti no demora en cambiar de mano el cigarrillo y en abrigar los rulos que coronan el perfil de hornacina:

-Y qué más precisás, querida.

-Que a una amiga de mi madre le venga la cara de la Virgen y no escuche las porquerías que le dice la tos.

-Bueno -le mostró los dientes todavía no muy dañados el hombre caballuno al cielorraso. -Para eso hay que sacudirle una ramita mojada en la frente y ver las gotas hechas cristal. Con luz de vela, claro.

-¿Podrías ir?

-Pero tenemos que esperar a que se le pase la tos para siempre. Comprendés.

La infanta dice que sí cabeceando, y Juan le saca la garra de cordero de arriba y promete:

-Entonces vos me avisás y vamos a hacerle aparecer la cara de la Inmaculada.

-¿Sabés que todos los hombres me miran como si no tuviera puesto ningún vestido y yo siento que me comerían igual que a un chivo? Todos menos vos.

-¿Y el Hugo? -se rascó el jopo lleno de gomina seca el detective. -¿Él también te miraba así?

-Pero el Hugo tenía alas. Y al final lo único que quería era volar hasta las estrellas y que hubiera una fiesta. Decía que ser tan rengo y tan loco fue precioso. Y al final le salió un arcoiris como a la Rita. Bueno, me tengo que ir o me matan.

-El problema es si te matan igual -se aplasta un viboreo plateado Juan cuando Jorge llama al ascensor y ella ya no lo oye.

Isabelino Pena, Jorge Malabia y Ana María cruzaron la obra del Cristo obrero y encontraron a Lázaro gritándole a doña Glyde en la puerta del cuchitril que olía a grasa quemada:

-La CST va a denunciar la escalada oligárquica en el acto de Puerto Astillero, chicharrón de fondín. Vos sabés muy bien que los fascistas son capaces hasta de desenterrar chivos para enchastrarnos, porque nos tienen más miedo que al judío errante. El pobre Mingo ya ni sabe cuántos pozos tapó.

-Ustedes conformensén con el jugo que le chupan al pastor mentiroso porque aquí ya no hay más Evita pa gloriar, carancho -retruca cloacalmente la madre de Ana María. -Y si quieren comerse al bicho asado metan mojo nomás, porque esta guacha nació pa muñeca brava pero el entierro de hoy fue el último cirquete. Que termine yirando como la Rita y listo.

-El Rufián nos quiso hacer cantar hasta el arroz con leche -le informó el sindicalista a Isabelino Pena mientras la chiquilina corría a abrazarse con la yegua. -Pero para prohibir el acto del astillero precisarían otra dictadura con collar justicialista o yanqui, tanto da.

-¿Y usted vino a darle el pésame proletario a doña Glyde o tenía alguna changa para cobrar? -pongo cara de escarbador a sueldo.

-Vine a advertirle a la madama que antes de escupir al Partido es mejor hacerse gárgaras con creolina, mamón de la yuta -empezó a recular el gordo hacia la calle. -¿O el Rufián te devolvió la pistola y se te agrandaron los huevitos?

-Gracias por tutearme, tavarich -relojeó el asco azul de Jorge Malabia y la crispación del milico que custodia la gruta. -Pero te aclaro que las milicias de la evolución usamos nada más que balas enamoradas.

-Hagan aire, basuras -se asomaron los ojos-rajas color estiércol de la madre de Ana María. -A los uruguayos habría que chacinarlos antes que empiecen a pedir pichí y a chamuyar de Artigas y de Maracaná. Es lo único que saben.

-¿No precisabas hablar con Díaz Grey? -señala la plaza dulcemente ritmada por las luciérnagas Blue Eyes. -Ahí llegó.

Lázaro gargajeó a lo malevo y atravesó el esqueleto del templo acomodándose las dos barrigas mientras el médico se olvidaba de exagerar la renguera para esquivar al detective, pero el viejito lo alcanzó con los mocasines y el pantalón harinados por los escombros:

-*Un p'tit moment, Monsieur Destouches.*

El seudochiste sirve por lo menos para hacerlo desenvainar y prender un *Chesterfield* entre los canteros de zinnias y corales, aunque apenas me ofrece un medio perfil y el rebrillo del farol callejero en los lentes tristísimos:

-Estoy muy ocupado, *Monsieur Chandler.*

-Linacero lo necesita con urgencia.

-Mi prometida también. La tengo que mudar a la mansión de los catorce pilares porque al volver del cementerio entró en pánico.

-¿Y usted también piensa quedarse en Puerto Astillero?

-No. El universo de Brausen es casi tan infernal como el del doctor Destouches, por más que nos inunden los jazmines y nos refresquen las regatas y las colegialas le canten himnos a la Inmaculada. Se vive en guardia eterna. Fíjese que hace un mes que el viejo Lanza me consiguió los cuartetos 59 y 127 del Sordo y todavía no pude escuchar ninguno entero.

-*Ouais.* Los que le encargaron el conde que se manducó hasta a la reina de Nápoles y el príncipe Galitzin. Lástima que el Adagio del 127 se desparrame tanto.

-Perdón -soltó el cigarrillo el doctor y rengueó hasta el porche para atajar el avance descrenchado de Angélica Inés Petrus.

Atrás sale Josefina con una canasta donde los gatitos berrinchan insufriblemente y resopla:

-La patrona dice que el Hugo le robó el alma en el cementerio y quiere volver a tomar la comunión.

-Ahí viene el policía de Blancanieves otra vez a echar baba -bizquea la walkiria hacia un patrullero que pegó un frenazo truculento.

-¿Pensó que iba a escapársenos? -me hace señas de que suba el Rufián, abanicándose la pelada con el quepis apto para cargar boniatos.

27

RAMAS / MIEDO

Isabelino Pena trató de entender el informe que un sargento cordobés tartamudo le leía al sub-comisario Rufianeli sobre los interrogatorios que acababan de hacerle a los sindicalistas, pero terminó durmiéndose en el asiento de atrás del patrullero.

Mi reino por un pulpón bien jugoso.

-¿Un café? -pareció empezar a sacarse chispas de las manos el hombre-aperiá que tenía hasta un ventilador de techo en la oficina. -O puede seguir tomando algunos mates, si quiere.

-Lo que preciso es eso que ustedes llaman factura y nosotros bizcochos. No comí en todo el día, jefe.

-Agradezca que no estamos charlando en el celdario de máxima seguridad -me para el carro con una placidez burocrática de irradiación budista y saca *Una tumba sin nombre* del cajón. -Lamentablemente no tengo tiempo de analizar con rigor científico este entrevero de medias verdades y medias mentiras que ni siquiera entienden bien los personajes. Y me interesa mucho su opinión.

-Mi primera opinión es que usted merecería ser discípulo del señor Ángel Rama, uno de los principales sabios que no saben nada y dirigen el tránsito literario en el Uruguay. Porque las historias simbólicas que están **llenas de vida y de arte** son la **pura verdad**. **No pueden reducirse a análisis sociológicos**. O en este caso **criminológicos**.

-Se ve que usted entiende muchísimo, detectivito.

-Nací así. No es mi culpa. Lo que me da un trabajo brutal es tratar de ser un hombre completo, por lo menos. Porque lo santo me queda muy grande.

-No se vaya por las ramas.

-Es muy gracioso, porque Rama también le llamaría **ramas** a los **arquetipos-troncos** que **verticalizan** la novela. Sobre eso puedo hablar y capaz que le sirve.

Rufianeli pidió tiempo clavándose un índice en la palma de la otra mano igual que en el básquetbol y entreabrió la puerta esmerilada sonriendo hacia los armarios grises como quien no sabe gritar:

-¿Todavía no trajeron el cuadro?

Y entonces se filtra un escalofriante chillido de perro roto desde el celdario y el dientado explica:

-Debe ser una pesadilla de Mingo. No pudimos despertarlo del todo. Bueno, hágale de la novela y después se va a comer factura tranquilo.

-Usted quiere que yo hable del chivo.

-Exactamente. Para qué tanto escándalo por un cabrón y ahora por un cabrito.

El detective bosteo el mate en la papelera y después de ensillarlo y pedir agua caliente se olió el jazmín impoluto de la solapa:

-¿Qué significa para usted la palabra **sagrado**?

El Rufián va hasta la puerta para ordenar que le llenen el termo y bosteza sin soltar el pestillo:

-**Pan y circo**. Lo que se usa para tener dominada a la gente. Ya me di cuenta que la ex-servienta de los Malabia mendigaba con el bicho en Buenos Aires y recaudaba como si les mostrara un banderín de River y Boca juntos. Acá tiene su termo.

-*Merci bien* -verticalizó la gran nariz biliosa Isabelino Pena y murmuró enseguida de hacer sonar la bombilla: -¿Pero por qué la gente y la misma Rita veían algo **sagrado** en los ojos del bicho?

-Eso es lo que se me escapa.

-Porque lo soñó un **artista**, jefe. Un pobre fiolo misteriosamente capacitado para **darle de comer belleza a la tribu**. Ese es la función de los artistas y de los profetas.

Y cuando se lubrica las manos igual que los chiquilines en las carreras escolares de masturbaciones me doy cuenta que entendió lo esencial aunque nunca sea capaz de reconocerlo:

-Entonces el otro artista profético vendría a ser el rengo.

-Sí. Pero con más vuelo. No se olvide que agregó a la criatura vestida de comunión y puso lo recaudado para el Cristo obrero.

-Y desenterró al chivo para jugar a la resurrección.

-Los pobres de espíritu son incapaces de jugar con Jesús. Hasta los sabios que no saben nada se dan cuenta y los odian por eso. Porque los humildes son los únicos que no le tienen miedo.

-A quién.

-¿Cómo a quién? A Jesús. ¿O usted no le tiene miedo?

28

ENFERMOS / MINGO

Isabelino Pena agarró el termo con la mano derecha para volver a cebar y de golpe el otro brazo fue catapultado por un sacudón-tic tan fuerte que el mate hizo llover yerba todavía seca sobre el escritorio del sub-comisario.

-Es una reacción alérgica -explico. -No puedo aguantar que los ateos o los agnósticos o los indiferentes **no entiendan que no tener una fe vertical es una elección neurótica**. Aunque por lo menos a los personajes de *Una tumba sin nombre* los **desespera** haber enterrado la fe. Están muy cerca de la **esperanza**.

Rufianeli rebañó la yerba con un secante hasta hacerla caer en la papelera y chistó divertido:

-Entonces los que elegimos **creer en la nada** estamos enfermos.

-Sí, y además el evangelio dice que *los que no están con nosotros están contra nosotros*. El liberalismo ideológico es un invento del diablo. Y la **nada** es un absurdo nivelador soñado por los esclavos o por los cobardes.

-¿Sabe que Tito Perotti declaró que el rengo era la mejor persona que conoció en Santa María y que Lux y el vestido de comunión lo hacían sentirse bueno?

-Hay degenerados muy sentimentales. ¿Y los bolches qué inventaron?

-Juancho Castillo y el novio del boticario me pidieron autorización para publicar un artículo sobre el vestido de Ana María en *El socialista*. Parecen modistos.

-Pero son **maricas** de García Lorca. Trepadores capaces de comerse chiquilines asados mientras hablan del Hombre Nuevo.

-¿Usted no discrimina demasiado?

-Mi problema no son las **discriminaciones** sino las **erecciones** locas, jefe. **Hacerle el amor al mundo** es ejercer un **erotismo cósmico** sano, pero **querérselo cojer a cada rato** como si uno fuera un cachorro tratándose de montar a todo lo que se le pone adelante es lamentable.

Ahora se escandaliza en serio y murmura apagando el ventilador:

-Mire que este divague no me sirve para el caso.

-Entonces escuche bien: la religiosidad de *Una tumba sin nombre* no hay que buscarla en la adoración al chivo. Lo que importa es que la novela investiga **el casamiento interior de un hombre consigo mismo como pasaje al reino de la paz**. Y esa es una ceremonia universal parecida a la eucaristía. Lamento que no me entienda.

-Yo también.

En ese momento el sargento cordobés golpeó la puerta anunciando que acababan de traer el cuadro y Rufianeli ordenó que pasaran a colgarlo con una mezcla verdosa de humillación y orgullo.

-Mandé enmarcar un retrato que dejó arrumbado Medina en la morgue. A ver si la reconoce.

Y enseguida me doy cuenta que lo que desenvuelve el tartamudo es una Angélica Inés Petrus posando como la bañista rolliza de Manet, aunque la mirada destripadora pertenece a la Jose.

-*Voilà le ménage à trois* -compadreó el detective. -La blancura del desnudo parece una pared de Utrillo. Espátula y pernod. ¿Y ahora tampoco entiende lo que le dije sobre la

taquicardia de las braguetas? Le aseguro que el amor con la muerte se hace cantando *Only you* y no *Esta noche me emborracho*.

Pero el sargento le contrabandea señas nerviosas desde la puerta y el enano tiene que salir a calmarle la bronca a Jorge Malabia y yo aprovecho para meterme en el celdario donde Mingo chilla peor que un perro.

-Lo único que se le entiende es que perdió una linterna adentro de una mariposa -le explicó el cabo de guardia a Isabelino Pena. -Ya no se aguanta más.

Pero por qué la desgracia tendrá que ser tan poética -pienso agachándome frente al quintero que ya vomitó toda la celda y sigue eructando gelatina, hasta que de golpe escarbo:

-¿Cuál mariposa, Mingo?

-E-che-o-tro-San-ta-Ma-ría-li-bre -se le entreabrió un milímetro de lucidez al indio arrodillado. -Y le destapo el pozo.

Después entra Jorge a sacarme del brazo y a esta altura el Rufián se deja empujar igual que un juez de fútbol en un borbollón.

-Yo precisaría un préstamo para morfar debut -señaló una parrillada el viejo de gacho muy aporreado antes de subir al jeep. -Dos chorizos al pan y un hermoso heladito.

Y me doy cuenta que Blue Eyes empezó a quererme en serio.

Isabelino Pena y Jorge Malabia encontraron a Onetti y a Díaz Grey escuchando el segundo concierto para violín de Bach.

Nadie tiene ganas de hablar, y yo pongo la barrita de crema y chocolate en la cubetera y me siento en el balcón a devorar los chorizos regados con Coca Cola.

-Y el caballo -preguntó el hombre alto cuando se acabó el disco.

-Tranquilo -toma vino Blue Eyes tirado en el parqué. -A esta altura del campeonato debe ser el único que está tranquilo.

-¿Usted sabe que cuando Dante conoció a Beatrice ella tenía un año más que su sobrina?

-Casi seguro que lo di en el liceo.

-¿Y a alguien le pareció repugnante?

-No creo. Aunque yo siempre pensé que Dante era idiota.

Isabelino Pena entró a buscar el helado a la cocina y después que se le cayeron dos cubetas Onetti cabeceó:

-Idiota.

Entonces vuelvo lamiendo la belleza achocolatada y le pregunto al doctor qué se comenta en Puerto Astillero sobre el acto de la Convención pero no me da bola y Juan se pone increíblemente hiperlábico:

-Algunos corren atrás de una pelota y otros atrás de los desenterramientos de los chivos.

Yo lo que quería decirle es que usted fue muy valiente, señor Malabia. Aunque da pena que no haya terminado de entender la relación que tuvo con su **ánima** en esta historia recopilada tan doradamente por mi amigo. Y dicho sea de paso: cuando mandé llamar esta tarde a Díaz Grey estaba a punto de sufrir una explosión de ojos de mosca facetados con tristísimos rostros de Ana María y ese concierto transformó al *Montserrat* en una

catedral inundada por un rosetón que derrama la **fe** de la infanta en donde veo el bordecito de plata del *amore* que nos **mueve** en esta maldita comedia.

-Y usted piensa que yo enterré mi pureza cuando enterré a la Rita.

-No. Pienso que cuando la veló **se casó para siempre con ella**, Jorge. Y **ella** se llamaba Rita pero era **la forma femenina de su alma**. Y usted fue capaz de **hacer bailar el cajón más acá o más allá de la muerte**. Su pureza no está enterrada, por más que odie al chivo-Dios.

El doctor y Blue Eyes se miraron hipnotizados y Onetti agregó:

-*Merde*. Lo que me identificó hasta la locura con mi gran amigo Larsen fue que los dos vivimos **explotando y sufriendo mujeres**. Claro que lo que yo necesitaba no era dinero sucio: pero nunca pude vivir sin **comérmelas** igual que a esa crema mágica que se compró el elfo. Es triste.

-¿Más Bach? -se le activa una dulzura profesional a Díaz Grey, que ahora ya está asustado.

-Preferiría a Gardel.

-Lo que no le conviene es mezclar el JB con el tinto.

-*Vas a ver que un día de estos / te voy a poner de almohada / y tirado en la catrera / me voy a dejar morir.*

Isabelino Pena volvió a escaparse al balcón y ronqueó el manifiesto-epitafio de Dino con cavernosidad nasal:

-*Morir sobre un escenario / estando rodeado de amigos / lograr que lleves en los labios / el último de mis suspiros / mi vida / mi alma.*

Pero la desesperante verdad es que me atacó la peor erección de mi vida y siento que si no resuelvo el caso no soy digno de despedirme con la costilla inmaculada que nos hace sonreír por puro amor al Gólgota.

-¿Te llevo a la pensión o te vas con el doctor? -se acercó al balcón bostezando con ostensible alivio Jorge Malabia.

-No. Mejor lo lleva usted porque yo esta noche tengo guardia en Puerto Astillero - ensobra el disco Díaz Grey y se anima a insistirle a Juan: -Trate de no mezclar, Linacero. Por favor. Rimbaud perdió la apuesta.

-Pero no creo que haya terminado rezando.

-Prefiero que me pases a buscar a la pensión mañana a mediodía y nos vamos a infiltrar el acto de los bolches -se tapó la entrepierna con el gacho Isabelino Pena y aprovechó para gritar: -Rimbaud terminó rezando y corran perros, viejo. ¿O te creés que la hermana era idiota?

-Idiota -retruca Juan. -Y viejos son los trapos.

30

LA GARZA / EL UROBORO DE LA ÚLTIMA ERECCIÓN

Isabelino Pena durmió sentado afuera hasta el amanecer.

Ahora Santa María parece la ciudad de los gallos y Juan ronca con la trompa clavada en el jazmín: voy al baño retorciéndome como si tuviera un cuerno de rinoceronte en la bragueta y demoro una eternidad en embocar la orina en el water.

-*Merde merde merde merde* -empezó a murmurar el detective mientras volvía a encincharse el pináculo monstruoso y tambaleaba simiescamente hasta la cocina para prepararse el mate.

-¿Y qué le diríamos a Díaz Grey si pudiera venir y tuviéramos la poquísima vergüenza de llamarlo? -me arrastro de costado por la escalerita que va a la azotea y me acuerdo de las cucarachas con una sola pata que mendigaban en Jerusalén esperando la PAX-LUX.

-¿Qué poción se precisa para renunciar a todo y romperle la tela a La Cosa cantando *Only you?*

Isabelino Pena se despatarró muy perniabierto y le ofreció un alivio color río al declive de la ciudad todavía enjoyada por las luciérnagas de las calles y las barcazas.

Entonces las chimeneas de Enduro me hacen pensar en Higinia y siento que si pudiera verle las facciones transfiguradas por la última estrella entendería dónde están el vestido de comunión y el chivo.

-*Tiens* -se sacó el gacho el viejo al ver posarse una garcita blanca en la mocheta de la azotea.

Y ni siquiera me enfoca con las lentejuelas plateadas pero enseguida de despulgarse un ala parece sentenciar:

-*Sin el trago triste no hay vestido de comunión ni chivo.*

-Pero el trago es al final.

-*No. Para resucitar hay que transfigurarse. Y no veo a Nuestra Señora en tus costillas, hermano.*

-Perdón -se aflojó el cinturón para poder abrirse la bragueta y dejar emerger al pináculo color víscera el viejo. -Pero no puedo más.

-*No podés qué.*

-Perder todas las ganas de quedarme en la tierra. Fijate en Juan: es un héroe de la belleza mundial y siente que la muerte es indigna.

-*Pero él es digno de una buena muerte.*

-¿Y yo qué puedo hacer para que la carnosa se rinda, carajo?

-Saber eso es tan difícil como escribir muy bien. ¿No viviste lamiendo los pisos de tu palacio para escribir muy bien?

-Lo único que supe hacer en la vida fue humillarme para ser un artista digno de Dios, hermana.

Y de golpe veo gotear mi glande casi azul y confieso:

-Es hermoso.

-Es hermoso como Dios. Y ahora lo estás odiando.

-No. No. No lo odio. No lo odio -aulló echando un penacho de aliento bronquítico el detective.

Y entonces me desnudo como frente al primer cuerpo de muchacha que adoré más que a las estrellas y después de achucharme moribundamente y estornudar dieciséis veces la carnosa me emboca una escupida asqueante en el paladar y la trago sonriendo.

-Ahora vas a poder entender lo demás, si Dios quiere.

-Va a querer.

Después la garza se alza con un ruido de sábanas sacudiéndose al sol y zigzaguea hacia la costa todavía oscura de Salto y grito:

-¿La viste a Nuestra Señora en mis costillas o no la viste?

Isabelino Pena se vistió con la entrepierna en paz y mateó frente al lucero adiamantado hasta que los ocho repiques de la plaza parecieron reverberar sobre la chatura color de león que espejaba a las lanchas.

-Ahora nos vamos a ver vos y yo, Satanás -señalo la lejanía encrespada por las chacras y las islas boscosas y de golpe me acuerdo que lo mejor de los cuartetos que le consiguió Lanza a Díaz Grey son el Allegro Molto del Razumovsky y el Scherzando Vivace del 127 y lamento no haberle reclamado al Rufián el revólver que me robó.

-Bueno, por lo menos tenés cien años de perdón -escupió las tejuelas antes de bajar a la cueva de Onetti el detective.

Y me cuelgo la matera oyendo roncar a Juan y bajo a la calle chiflando *Canchero*.

31

EL CHAMAMÉ / LA GLORIETA

Isabelino Pena y Jorge Malabia llegaron a Puerto Astillero después del mediodía y encontraron los dos Impala Mariposa frente al *Chamamé*, un bar-pulpería desbordado por los militantes de la CST.

Tito Perotti y Marcos Bergner timbean en el fondo fumando habanos con revólveres en la cintura, aunque los dos únicos que les dan pelota son el patrón y un indio lambeculos.

-El acto es a la cinco, frente al *Belgrano* -informó el padrino de Ana María Malabia. -Y parece que de noche hay festejo en la casilla del fantasma.

-Ojo: un asado exclusivo para el Comité Central -pone cara de tira el grandote que cree más en los chivos que en los hombres: -Los dos fotógrafos hembras de *El socialista* y Nikita. Porque el alemán ya no sale de la cama.

-Perdón. ¿Cómo se llama el alemán? -se remangó la camisa chorreada el detective.

-Kunz. Vive en las ruinas del astillero desde las épocas de Larsen.

-Quisiera conocer la casa de los catorce pilares -le hago una seña a Jorge dándole a entender que aquí la gresca puede reventar en cuestión de segundos.

-Le aviso que el sub-comisario está almorzando en la glorieta con la yegua madrina - escupió en el piso de tierra el gordo con facciones idénticas a la Miss Calienta Hombres de Villa Petrus.

-Con la yegua madrina y la víbora de compañía que ahora ya no le lustra más las botas con la lengua a nuestro *pioneer* -vacía una petaca Marcos y me acuerdo del arsénico que mi madre espolvoreaba con cierta gracia a espaldas del prójimo.

La única calle alquitranada de Puerto Astillero medía muy pocas cuadras, y al pasar frente al hotelucho donde se hospedaba Larsen vieron a Lázaro dirigiendo la construcción de una tarima hecha con cajones de naranjas salteñas.

-Voilà la trinchera para tomar el Palacio del Infierno. Y atrás de aquellas casuarinas donde está estacionado el auto del Rufián ya podés ver las famosas estatuas -señala Blue Eyes el caserón casi tan alto como el cubo del astillero que transparenta el hervor pantanoso del río succionado por la seca.

-Y pensar que Larsen confundió a Jeremías Petrus con Dios -se tanteó el jopo todavía rielante el detective.

-No entiendo.

-Los que no encuentran a Dios en el verdadero templo sienten que está escondido en cualquier altura triste.

-Eso querría decir que las iglesias son alegres.

-El **verdadero templo** es la barriga del infinito, pibe. Aunque al principio te pueda hacer cagar de horror.

-¿Le parece que en el asado de la casilla se van a comer al chivo?

-Puede ser. Pero el traje de comunión no le cabe ni a Juancho Castillo ni a la Tota Barthé. Y el que robó una cosa robó la otra. Aparte de que si degollaron al Huguito tienen un odio tan grande que son capaces de enterrar todo junto.

-¿Dónde estudiaste esto?

-¿Lo qué? ¿Cómo se hace para entender las verdades verdaderas? En la cama. Hay que tirarse en la oscuridad y juntar bien las manos para agarrarte el ánima y pedir. Y esperar. Eso nunca te falla.

-Eso es una opinión.

-No. Una ley. Si le pedís **bien** al universo **la verdad verdadera** Dios no te falla, pibe. Palabra de **hombre blindadamente feliz**.

-Y qué es **pedirle bien**.

-Reclamar el amor. **Nada más que el amor**.

Jorge Malabia hizo girar el jeep frente al jardín-yuyal espectralizado por la glorieta y las estatuas color cadáver en el momento que Rufianeli abría el portón donde se enlazaban la J y la P del *pioneer* y un alarido de pajarraco le recordaba:

-Hoy está invitado a la parrillada que más le gustaba a papito, *herr* Giorgio. Pero tiene que adivinar dónde hacemos el fuego.

Y cuando el sub-comisario se abanica la calva y le devuelve a la walkiria un resplandor libidinoso la Jose grita horrorizada y un perrazo se le prende del culo al homúnculo y los milicos del patrullero tienen que descuajarlo a palazos mientras nosotros rajamos en el jeep riéndonos como en el cine-baby.

-Al mejor cura que conocí en mi vida le pasó lo mismo predicando en un rancherío -se secó la diversión más infantil que rencorosa Isabelino Pena. -Pero el pobre carmelita no se lo merecía.

SANTIAGO / MAGDA

Isabelino Pena le pidió a Jorge Malabia para bajarse en el cañaveral que separaba al *Belgrano* de un cobertizo lleno de chatarra despedazada y apenas desembocó en el baldío costero vio a un niño que hablaba solo:

-Mi padre quiere irse con vos. Yo sé que no está enfermo, Gott.

Habla como un monje pero no puede tener más de ocho o nueve años: los ojos densos y planos se comunican esmeriladamente con alguien fantasmal y no avanzo ni me escapo hasta que me ve la sombra y se pone en guardia.

-Hola -hizo equilibrio el detective sobre los piedrones de un arroyito-basural. -¿Vivís aquí?

Y de golpe le resplandece una floralidad profundísima y me doy cuenta que me perdona la interrupción y el descubrimiento del amigo al que él llama casi *Kott*.

-Vivo en una casa igual a la de un perro.

-¿Sos el hijo de Kunz?

El chiquilín se paró acomodándose el gorro de cow-boy que le refrescaba el sudor hasta las tetillas y se puso soberbio:

-Hijo no. Mi padre se tiró al río antes que yo naciera.

-Sos el primer pibe que conozco que vive en una casa de perro -le toco el alma apuntándolo con un índice-revólver y enseguida le ofrezco una mano adecuada a su adultez: -Mucho gusto: Isabelino Pena, detective privado.

-Mucho kusto, Santiako -caricaturizó un acento alemán el no-hijo de Kunz alargando una mano del mismo tamaño que la del viejo. -Y si sos detective me imagino que también sabgás cómo se llama mi madge.

-No.

-Mi madge se llama Makda.

-¿Podgías llevagme a conocer a Makda, Santiago?

-Ella es tgiste -me traspasa con una soledad muy sedosa. -Cgee que Kott no la ayuda.

-Tené fe. Las mujeges demogan más en cgeeg pego son más valientes. Eso no te lo enseñan en la escuela pego es la puga vegdad, Santiago.

-Me podés decig Tato. Y la escuela es una mieggggda del culo. Kunz no quiege veg a nadie, señog. Y Makda está gregando la huegta y llogando. Es hogible vivig cuando ella no se quiege.

-Tené fe, Tato.

-Sí.

El cobertizo lleno de hierros podridos ya no tenía ni techo, y el detective-elfo y el chiquilín altísimo desembocaron en una huerta donde resplandecía la cal de una casilla enguirnaldada exuberantemente por un parral con glicinas.

-Ahoga espegá -empieza a correr cacheteándose una pierna como si latigueara a un caballo Tato, y la mujer todavía cuarentona se empapa la cabeza antes de tirar la manguera y me sondea con odio.

-Buenas tardes -firuleteó entre los tomates y las zinnias Isabelino Pena mientras ella prendía una targanina. -Mucho gusto, señora.

-El asado es de noche -bufa el humo jediondo por la nariz más preciosa que los pechos y ahora parece llorarle toda la solera blanca y la ropa interior rosada. -Y si es médico váyase, porque él ya se rindió.

Entonces el viejito enfocó la curva costera desfigurada por las moles del astillero y el caserón de los catorce pilares y sonrió:

-Usted puede quererlo a Dios o maldecirlo, un ejemplo. Pero la voluntad de Dios se cumple y usted mira de qué manera: se va a enterar por lo que le pase de cuál era la voluntad de Dios.

-Él me oyó hablar con Gott, mamá.

-Qué quiere -se le derrama un esplendor de orgasmo más poderoso que todo el horror del mundo a la mujer loba.

-Ver a Kunz.

-¿Lo conoce?

-¿No se dio cuenta que también la conozco a usted, señora?

-Pero no entiendo.

-No importa. Lo que le pido es que cuando lleguen las bestias del asado no les comente que estoy aquí. Yo me quedo tomando mate adentro.

-¿Quiere factura?

-Bueno, estoy muerto de hambre.

33

KUNZ / EL ASADO

Isabelino Pena devoró seis medialunas antes que la mujer lo hiciera pasar al cuarto donde agonizaba el ingeniero alemán que trabajó quince años para Jeremías Petrus sin cobrar un solo peso.

Y en lugar de encontrar al viejo-tarántula que imaginé al leer *El astillero* tengo la sensación de estar contemplando una superadulterez montañosa.

-Tardes -saludó el hombre de melena y barba blancas que escuchaba un concierto para clarinete en una Philco con forma de parroquia.

-¿Stamitz? -me arriesgo.

-¿Jan, Karel o Antonin?

-A los dos últimos no los conozco.

-Karel y Antonin son los hijos de Jan Stam**ic**, checo congénito. Este es Karel, el mayor.

Y acá no hay ningún crescendo desequilibrante made in Mannheim. Es como tener cáncer a la vejiga y sentirse curado en vez de enfermo. ¿Qué más quiere saber?

-Nada -sigo buceando en las pupilas más doradas que negras que clava en la ventana.

-Pero Magda me explicó que es un detective con ternura de picaflor.

-Favor que ella me hace.

-Mire: si el marido de Magda no se hubiera suicidado yo no tendría esta mujer ni este hijo ni esta casilla ni esta huerta-paraíso ni le diseñaría perforadoras a los criollos y a los gringos de las dos costas. Tato puede seguir en el negocio, porque ya aprendió todo: es un Wolfgang Amadeus de la ingeniería. Y si los criminales de la Convención Sanmariana de Trabajadores no se hubieran emperrado en joderme y amenazarme y chantajearme para que representara a los fantasmas estafados por Petrus no tendría este tumor. Era la única manera de vivir en paz, y además cuando esté muerto ya no van a poder manosearme. **Y gracias al tumor ahora estoy enamorado de todo por primera vez en la vida.** Pero de **todo**: puede poner a Hitler, a Stalin y a las bombas de Mister Truman. ¿No es hermoso?

-Hermosísimo.

-Bueno, ya me está haciendo efecto la morfina. ¿Necesita quedarse en el cuarto?

-Preferiría. Tengo que vigilar el asado de los hombrécitos nuevos.

-¿Podría apagar la radio si aparecen Paganini o Berlioz? Me traen sueños espantosos.

-¿Quiere apagar ahora?

-No. Así puedo empezar a dormir con Stamic. Falta el último Allegro.

El detective vació el termo escuchando roncar al hombre rocoso que no debería pesar más de cincuenta quilos y ya casi no tenía el acento teutón que le caricaturizaba el hijo de Gálvez.

Y después que los alaridos del circo revolucionario dejan de irritar al pajarerío entra Magda a cambiar el urinal y mientras le acomoda las almohadas a Kunz murmura:

-Quiere algo más.

-Hablar con Tato. Por favor. Y agua caliente.

El chiquilín entró con el sombrero colgando en la espalda y entregó el termo poniendo cara de cow-boy de historieta:

-A las ógdenes, Togo.

-Una pgegunta, Kemo Sabay: ¿en Puegto Astillego comen chivos asados?

-No. Los chivitos son hijos de Gott.

-¿Te animás a localizag a un caga pálida de ojos azules que anda en un jeep? Se llama Jogje Malabia. Pedile que venga a vegme a escondidas.

-¿Te gusta Schubegt?

-Me gusta más la *Trout* que este quinteto. Pog lo menos paga dogmig.

-A mí también. Kunz no sabe ni gezag.

-No impogta. Tené fe.

-Sí. Este domingo tomo la comunión en La Tablada.

Y como sale rajando puedo dejar chorrear tranquilo las lágrimas por la bombilla y sentir que son los pezones de mi felicidad.

-Me parece que no hay asado -entró de golpe Magda con la solera y la rabia enrojecidas por el último sol. -Llegaron dos matones pitucos en colachatas y se pusieron a limpiar los revólveres frente al parrillero. ¿Dónde se metió la policía?

Y atrás entra Santiago con dientes de haber hecho un golazo y me informa:

-Cgeo que en el astillego también hay asado, Togo. Se pgendió un fuego bágbago. Jogje Malabia te espega en el talleg.

-No hables así, tarado -preparó un cachetazo chaplinesco la mujer-loba.

-Tagada tu madgina -se escapa el chiquilín rebenqueándose el culo.

34

EL ASTILLERO / EL PIÑAZO

Isabelino Pena corrió agachado por atrás de un maizal siguiendo al chiquilín y encontró a Jorge Malabia esperándolo en el sucucho del cobertizo que usaba Kunz para diseñar las perforadoras.

Y en ese momento empiezan a oírse tiros y cuando nos asomamos a la huerta vemos a Superman Bergner y al gordo Perotti espantando a los sindicalistas como si fueran gallinas.

-Están dispagando al aige -se ajustó el barbijo eufóricamente Tato.

-La estupidez sanmariana no tiene perdón. Chau asado -se sacude un rulo rubio igual que si cabeceara una pelota en el área Blue Eyes.

-El asado es allá -le señaló la humareda que derramaba desde el primer piso del astillero hacia el río purpúreo el detective. -Vos nos guiás, Kemo Sabay.

El chiquilín nos hace ganar tiempo eludiendo la casilla por un trillo lleno de cangrejos y al llegar a la gigantesca ruina ya transparente distinguimos la luz de un patrullero guiñando en la entrada y carajeo:

-El Rufián ya sabía todo.

-Es en la oficina de Petgus -los hizo zigzaguear Tato por una escalera de incendios tan musgosa que parecía alfombrada.

Entonces nos escondemos tapándonos las toses en lo que debe haber sido el cubículo de las telefonistas mientras la walkiria menea un traje escotadísimo y avanza como un Titanic de nácar frente a la fogata.

-Pero dejame de joder, che: Kafka es un poroto al lado de esto -se le aporteñó despectivamente el acento a Jorge Malabia.

-Llegó el invitado, Jose -estornuda aplaudiendo Angélica Inés y se pone a empujar brasas hacia la parrilla de obra vacía y rodeada de candelabros.

-Esta mujeg es más tgiste que Makda -se le incendió de golpe la piedad a la criatura que Larsen no llegó a ver nacer.

-El enano debe andar con muletas -acierta Blue Eyes justo cuando el héroe que no entiende los símbolos entra flanqueado por los guardaespaldas que le arrancaron al perrazo del rabo.

-Lástima que no puede frotarse las manos para festejar -se acarició el jazmín de la solapa Isabelino Pena.

-¿Sabe que yo recé para que adivinara dónde iba a ser la parrillada? -parece seguir buscando la mariposa amarilla la novia de Díaz Grey. -Y papito me oyó. Espero que le gusten los niños envueltos.

-De usted me gusta todo, *mein frau*lein. Y de eso quería hablarle. Yo sabía que en el asado de la casilla no iba a haber ningún chivo.

-Jose -aulló la mujer. -Vino a hablarme de la sucia. Yo preparo delicias y me hablan de la sucia.

-Tranquila, *mein fraülein*.

-Y no me siga llamando así porque lo único que usted quiere es cojerme, animal. Todos quieren cojerme.

-Kesús también se fue tgeste -siento que no es el humo lo que le empaña la sobrehumanidad al no-hijo de Kunz. -Hay que gesucitag.

-No se enoje, señora. Todavía no le dije que tengo el cuadro que le pintó Medina para regalarle. Enmarcado. Y dígle a Josefina que no precisa traer a Lux para asarlo porque a mí no me gustan los chivos. Me gustan las walkirias.

-¿Y por qué viene a hablarme del bicho de la putita?

-Porque usted lo mandó matar. Y la chinonga tuvo que degollar al rengo y robar el vestido de comunión para que les echáramos la culpa a los bolches. Me di cuenta enseguida. Pero yo soy de la misma escuela que Medina: primero la belleza y después el deber.

Entonces Josefina entró con la canasta y sacó un gatito despanzurrado y cosido igual que una pamlona para refregárselo en la nariz al sub-comisario:

-Estos eran los niños envueltos, inspector de zócalos. Y chinonga será la perra que te trajo a este infierno.

-Carajo -se ríe Jorge. -Y allá viene subiendo Díaz Grey. ¿Usted cree que Dios castiga sin piedra y sin palo? Bueno, capaz que si nuestro Faulkner escribe esta historieta termina de candidato al Nobel y todo.

-Dios **hace hacer**, botija -machacó el viejo después que Angélica Inés Petrus derrumbó a Rufianeli con un directo a la mandíbula digno de Archie Moore.

-Mejog que en las películas -se pone a aplaudir Tato.

EL TERCER OJO / LA RAMITA

Isabelino Pena esperó que los guardaespaldas se llevaran al sub-comisario desparrado y cuando se acercó a ofrecerle una mano a Díaz Grey se enteró que Linacero lo precisaba con urgencia.

-Pensé que ya había vuelto al centro, *Monsieur Chandler*. Lo busqué por todos lados y al final hasta tuve la suerte de ver boxear a mi prometida -fuma con resignación el doctor y le hace señas al quintero de los Petrus para que apague bien la fogata mientras las mujeres bajan festejando el *knock-out* como hienas. -Hoy pasé por el *Montserrat* y encontré a Anita Malabia, que había venido caminando desde Enduro. Higinia murió esta mañana.

Entonces el detective le regaló el jazmín de la Virgen a Tato y lo llevó aparte para besarle el tercer ojo:

-Esta flog no se pudge. Gegalásela a tu madge y decile que alcanza con cgeer y que con no cgreeg no alcanza. Kesús es todo o nada.

-Gjacias, Togo -se inunda de PAX-LUX el niño envejecido y le pido a Jorge Malabia que lo acompañe y me pase a buscar a la pensión mañana a mediodía.

Cuando llegaron al *Montserrat* Díaz Grey prefirió quedarse en el auto y el detective entró sin golpear y encontró a Juan y a Anita sentados en el living: el hombre-caballo se había puesto traje y corbata y fumaba estirando una mano sobre el cráneo decaído de la criatura.

-Levantemos el corazón -murmuro comprendiendo que ella ni siquiera se da cuenta que no llevo el jazmín.

-Cuidado la leche -avisó Ana María torciendo el perfil de camafeo hacia el sonido de un primus.

Entonces Juan suelta el cigarrillo y va casi corriendo a la cocina para volver con una mamadera y ojos de novio dócil.

-*Tiens* -sonrió Isabelino Pena cuando ella sacó a un gatito dormido de un costurero con moña roja. -El amigo Félix.

-Vamos a tener que llevarlo al velorio -se enronquece autoritariamente la infanta de pezones adultos mientras se moja la mano para probar la temperatura de la leche. -Pero preferiría no tener que darle otra hasta mañana. Ese bar da asco. ¿No podrías aplastar el pucho, uruguayo? Prendé otro si querés, pero el del suelo nos va a hacer atorar a todos. Félix está resfriado.

El hombre-caballo obedeció con una velocidad jadeante y mientras se colgaba otro *Benson* le explicó al detective:

-A Higinia la están velando en el boliche de Barreiro. Me imagino que te acordás de Barreiro.

-Cómo no.

-El problema es que a la madre del Hugo y a doña Glyde se les ocurrió velarla con el boliche abierto para financiar los gastos del entierro.

-Como a Van Gogh.

-Aguantate. El hermano de Van Gogh le hizo una capilla ardiente con cuadros. Y en esta ciudad maldita ya se corrió el boca a boca y la gente va a caer a timbear como si fuera una kermesse.

-Pero Díaz Grey me dijo que vos me habías mandado llamar con urgencia. Para qué me precisás a mí.

-La que lo precisa es ella, padre Isabelino.

Entonces Ana María le termina de dar la mamadera a Félix y cuando la expectativa ya es insoportable se lo apoya en el hombro y puntualiza:

-Vos te acordás que Eladio le va a sacudir una rama en la frente para que las gotas le formen cristales.

-Sí, hija.

-¿Qué le pasa a este gato que no eructa?

-Golpeale más la espalda -empezó a jugar con la tapa del encendedor sin animarse a prenderlo el hombre alto.

Pero a mí me clava un desconcierto oscuro que parece recordarme:

-Se vuelven personas a los tres años. Hace cinco que ella sabe calcular las maniobras que se necesitan para enamorar y esclavizar a cualquier mono sapiens.

-Ya eructó. A dormir, Félix -cerró el costurero y enfocó su floralidad castaña en el jopo del viejo Ana María Malabia, sin llegar a sonreír. -Lo que quiero es que vos despidas a Higinia igual que al Hugo. Porque en el cementerio hablaste divino.

Isabelino Pena, Onetti y Ana María Malabia llegaron a Enduro a las once de la noche. El boliche queda en la esquina de la fábrica, y Díaz Grey se compromete a volver mañana para llevarnos al entierro.

-¿Perotti o Bergner? -señaló un Impala Mariposa que estaba estacionado al lado de una jardinera que jedía a vulva el detective, con cara de apostador.

-El único que sabe manejar borracho es Superman -no duda un segundo el médico, y al entrar encontramos a Marcos timbeando con doña Glyde.

-Es la primera vez en mi vida que me dan asco los jazmines -pidió una caña doble *on the rocks* el hombre-caballo y pareció contar las mesas que rodeaban el cajoncito lleno de floreros y velas donde resplandecía la soledad de Higinia. -Esto es la indignidad organizada.

Algún paisano come cazuela de pescado pero yo prefiero ayunar a mate, y justo cuando estoy pensando la falta que me hace la pistola que me robó el Rufián entra un guitarrista estilo Chalchaleros y Marcos y Barreiro aplauden pero Juan bufa:

-No.

-Es un primo del Hugo que siempre canta en la doma -chupa la moña del costurero la niña-mujer. -Grabó discos y todo.

-Pero aquí no hay doma, nena -se paró Onetti y avanzó torcidamente hacia la mesa donde el trovero engolillado y embombachado ya empezaba a afinar y brindaba por la muerta.

Entonces no tengo más remedio que adelantarme por el otro lado del cajón que ya huele a gato aplastado en la ruta y le hago una seña a Marcos:

-Ahora no, por favor.

-¿Ahora no qué? -le fluorecieron las rajas de azufre a doña Glyde.

-Es un velorio, hermano -ignoro a la mujer-acordeón y el grandote recién me reconoce y me ofrece un colmillo de pituco.

-Acá no canta nadie -ladró Onetti entreparándose para hacer viborear el encendedor en pose jolivudense.

Al cantor le faltan dientes y deja de afinar con una risa helada que obliga a Superman Bergner a pararse encinchándose la barriga de whisky:

-¿Quién dice que no se canta?

-Lo dice el que te puede romper la cara igual que Firpo a Dempsey, animal. Aunque volar por la ventana te va a costar un poco.

Y antes de que el dueño del boliche llegara a separarlos apareció Ana María con un jazmín recién sacado de un florero y ordenó:

-Esta ramita te sirve, uruguayo.

Pero Juan no lo agarra y de golpe se encorva sobre las facciones moradas y ni siquiera entuladas de Higinia y le clava la trompa en la frente hasta que la ondulación de las velas hace rebrillar a la cadáver como si estuviera vestida de novia.

-Ahora vos -rizó apenas el labio la infanta en dirección a Isabelino Pena: -Hablá ahora.

Y me viene un bruto vértigo y no tengo otra manera de hacer tiempo que relojear a los cincuenta o sesenta sanmarianos que están parados reverenciando a la piedad desnuda hasta que toso:

-Está escrito: *Un segundo de puro amor te vuelve todo amor*. No hay nadie que no se busque un segundo de puro amor en el fondo del alma y no encuentre la verdad verdadera. Nadie. Y la verdad verdadera es que estamos bien hechos. Y los gusanos también: no saben comer almas.

Entonces Marcos Bergner se puso a llorar y le pagó al cantor y chuequeó hacia el viento azul perforado por los perros y el colachata desapareció corcoveando. Y cuando me siento frente al costurero de Ana María Malabia doy vuelta el mate y pienso:

-Hay que acordarse de que Mingo perdió una linterna adentro de una mariposa y tratar de entender, carajo.

-Mirá -le acarició una mano al hombre-caballo la niña-mujer ya dulcemente triste. -
Hola, Félix.

Juan demora en observar a la cría sobreviviente porque le está pidiendo a Barreiro que le sirva otra copa y yo sonrío:

-Hola, gato.

Félix terminó de abrir su honda mirada persa hacia Isabelino Pena. Y siento que me ordena:

-Ahora hay que desenterrar al Espíritu Santo.

37

B.B. / MARLOWE

Isabelino Pena y Díaz Grey volvieron del cementerio a las nueve de la mañana y encontraron un Impala Mariposa estacionado frente al *Berna*.

-¿Perotti o Bergner? -finge divertirse el doctor pero yo me bajo del Fregate sin arriesgar y me vuelve a hacer falta el revólver robado por el aprendiz de mujeriego.

El detective subió a la pensión bostezando descuajeringadamente y apenas entró a su cuarto quedó cegado por un linternazo que venía desde su cama:

-Buenos días, peluche. ¿Te lavaste la camisa?

La B.B. de Villa Petrus.

-¿Cómo entraste?

-Yo entro donde quiero, papito.

-Y yo nunca te pedí que me tutearas.

-Pero me diste un beso en la mano con más hambre que cualquiera.

-Perdón, tengo que ir al baño.

-Quieto. Te estoy cazando como una liebre a la encandilada. Tito siempre lleva la chumbera en el auto.

-Entonces voy a sentarme porque si no me caigo de cansado.

-Bueno, pero no te hagas arriba -carcajeó la rubia. -¿Vos sabías que me llamo Brigitte Bardot Perotti?

No se puede creer.

-¿Puedo tomar un mate, aunque sea?

-Noooo. Vamos a jugar a la linterna mágica -bajó la luz y se arrancó la sábana que la ceñía hasta los sobacos la muchacha muy perfumada. -Esto lo enloquece a Jorge: buscar aujeritos. Aunque es mejor con copas. ¿Te gusto así?

-En la Colonia Piamontesa me gustaste más que la Brigitte.

-Baboso y mentiroso. ¿Y si te dieran a elegir entre mi ahijada y yo?

-En qué sentido.

-En todos. ¿Soy más linda que ella o no?

Ahora empiezo a distinguirla mejor y siento que los que me miran el corazón son los pezones increíblemente indefensos:

-No jodas más, mijita. ¿Qué querés?

-Que no sigas jodiendo con el chivo y el vestido de comunión de la guacha. Déjenla en paz, babosos.

-Me contrató tu novio.

-Ahora yo te contrato pagándote en especie. Y sé bien que se te para. Los que largan la copa viven en carpa, pibe.

-Es verdad -mostró un orgullo de dientes el viejo. -Pero a mí ya no se me para por cualquier cosa.

-¿Ah no? Abrí bien las piernas -me enfoca la bragueta y empieza a masturbarse igual que cualquier best-seller mimado por el establishment: con puro in-genio.

-Te dije que ya se calmó, mijita. Tengo paz.

-No me digas mijita. Entonces vení a tocarme. Toda. Ahora me mojé.

-Ni muerto, rubia.

-Entonces te mato, puto.

-Acá la única puta sos vos. Y matame tranquila, porque ya estoy enamorado de todos los dolores del mundo. *Forever*.

-¿Por qué les gusta tanto decir bobadas? -se sentó en la cama para apuntar a Isabelino Pena con la linterna y la chumbera la Miss Caliente Hombres de Villa Petrus. -Chau, boludo. Nunca van a entendernos.

Y lo único que puedo hacer es taparme la cara acordándome de *Only you* y después que suenan los gatillazos y sigo respirando ella chilla con una histeria peor que la de su hermano:

-Bingo. ¿Viste qué lindos que son tus chistes, payaso? Y vos todavía te pusiste más pálido que los pobres bolches.

-Bárbaro. Ahora andate rápido porque me quedan menos de tres horas para dormir.

-Mirá: ahora gritás y todo.

-Y soy capaz de agarrarte a patadas en el pandeiro, también. Porque santo es nada más que el Señor.

Y después que B.B. Perotti se puso el bikini y salió corriendo descalza el detective destendió la cama a manotazo limpio y cuando volvió a alisar la blancura murmuró:

-Viejo Marlowe.

38

EL PERFUME / MEDALLAS Y COBARDES

Isabelino Pena se despertó chorreando un sudor verdoso y enseguida empezaron a sonar las campanas de las doce.

Acabo de soñar con truenos que caían desde los ojos de un chivo mientras una mujer que a veces era mi madre y otras veces mi esposa enterraba un traje de comunión antes de suicidarse.

-Servicio de chofer -golpeó Jorge Malabia y el detective se agarró la cabecita costrosa y carraspeó cloacalmente.

-¿No podrías esperarme en el jeep? -siento que ahora me falta el jazmín de la Virgen y me sobra el perfume de Brigitte Bardot Perotti.

Isabelino Pena demoró diez minutos en bajar a la plaza con un paraguas minusválido y empezó a tomar mate en el jeep, hasta que una salva de estornudos lo hizo tirarse yerba en la bragueta.

-Eso huele a mujer -descubro una linterna que conozco demasiado bien en la guantera.

-Pero es mía. Mi novia la encontró al otro día del papelón. A ella le gusta despertarme como si cazara liebres a la encandilada. Despertarme y otras cosas. Y recién acaba de aparecer en el yate con el traje de comunión que tenía guardado junto con el de quince: se lo quiere regalar a Anita.

-Una madrina misericordiosa -sonrió el detective.

Ahora llueve que da miedo y el amontonamiento de corolas podridas es más asqueroso que el de los pescados en Enduro y escarbo:

-¿De quién es el Impala? ¿De Tito o de tu novia?

-Ella lo usa mucho.

-Perdón: ¿no me podrías cruzar hasta el consultorio de Díaz Grey? No aguanto más sin música.

-Debe estar por venir a almorzar al *Berna*.

El jeep estacionó frente al caserón crema justo cuando el médico abría el paraguas en el zaguán y el detective tuvo que rechazar dos veces la invitación para comer lasagna hasta que confesó:

-Los casos se resuelven esperando que se abra el cielo, doctor. Lo que precisaría es escuchar los cuartetos del Sordo.

-¿Y cómo le cae la trucha en lugar de la lasagna?

-Uh: ¿la *Trout* también?

Jorge arranca despidiéndose apenas con un bocinazo y el hombre bueno por nada me lleva hasta su paradisíaca celda de insomne y señala la lluvia:

-Abajo hay un almacén que tiene de todo. Puede pedir fiado a mi nombre. Yo tengo que visitar a unos pacientes en la Colonia Suiza y vuelvo después de tomar el *five o'clock tea* en Puerto Astillero.

-Gracias. ¿Sabe que en este momento necesito la misma fe que tuvo usted para curar al turco que destrozó Jacob Van Oppen? Dicen que fue un milagro.

-Hay que hacer lo que hay que hacer. Y dejar que la desgracia se entere de que es inútil, se desprenda y caiga. Bueno, siéntase en su casa. Y le recomiendo especialmente la humildísima 29 de Wolfgang Amadeus. Allí aparece equilibrada la tensión entre lo posible y lo imposible que la mayoría de los intelectuales con medallas ni siquiera concibe y los cobardes odian por unanimidad.

Isabelino Pena escuchó el Razumosvky y el 127 y bajó a comprar una morcilla salada, un tomate y un morrón rojo.

Y después de euforizarme las entretelas con cada colorcito pongo la *Trout* y empiezo a sacar apuntes, igual que cuando diseño el mapa de un capítulo.

-Tenés trabajo, Watson -llamó por teléfono el detective a Jorge Malabia después que terminó Schubert. -Hay que organizar una especie de festejo patriótico para que tu novia le entregue el vestido de comunión a Anita en tu casa, mañana a mediodía. Una chorizada de reconciliación. Invitá a todo el que se te ocurra menos a Linacero y a doña Glyde, que es capaz hasta de armar timba: policías y sindicalistas, familiares y vecinos piamonteses y pitucada ética y gobernador y señora y prensa oral y escrita. Yo le aviso a Díaz Grey. Ahora tengo que escuchar la 29 de Mozart.

-¿Caso resuelto?

-Al cielo hay que esperarlo. Y no te olvides que las milicias de la evolución pueden rendirse pero no darse por vencidas, botija. Hasta Rimbaud terminó por entender que la vida está bien hecha.

Y cuando bajo a comprar un helado y un quilo de uvas moscatel la plaza me recibe con un bruto arcoiris.

NUESTRA SEÑORA / LA SAL

Isabelino Pena le pidió a Jorge Malabia que lo dejara preparar los chorizos y armó el tocadiscos de Díaz Grey en la mesada del parrillero.

No hay nada como un asado temprano entre palomas, y sobre todo contemplando la llama de la unidad con el segundo concierto para violín de Bach: *No fim tudo dá certo*.

-Faulkner acaba de confirmarme que la loca no viene -empezó a rellenar los panes y a ponerlos en bandejas Blue Eyes. -Al pastor no pude ni localizarlo y Favieri inventó un resfrío.

Mingo todavía barre el pasto que cortó toda la mañana mientras la policía y los sindicalistas y la pitucada se ignoran sonrientemente en mesas-caballetes colocadas abajo de los palteros, hasta que la B.B. llega anunciando al gobernador y a la primera dama de Santa María.

-Pero qué edad tiene -frunció la miopía el detective hacia la mujer-muchacha que traía a Anita de la mano.

-Ya pasó los treinta y cinco. Aunque está igual que cuando desfilaba con la Acción Cooperadora del colegio para echar a Larsen.

La que llaman Nuestra Señora es apenas una cabeza más alta que la infanta del chivo, y la leucemia le acentúa el hervor botticelliano de la melena combada en alones: casi no tiene cuerpo, pero el cuarzo que reina sobre las perfectas facciones despintadas es más hondo que el sol.

-Postergá un momento los discursos y la entrega del vestido -se lavó las manos en la pileta del parrillero y se rearmó el jopo Isabelino Pena. -Tengo que hablar con ella.

Y antes de que se siente en la mesa del Rufián me hinco reverenciándola y no hay una sola burla que me ensucie la súplica:

-Soy un pobre forastero, señora. Pero propongo que cavemos una fosa para enterrar simbólicamente nuestra miseria de amor. Allí: donde ni siquiera pudieron descansar los huesos de un cabrón.

Entonces la primera dama levantó una sonrisa violeta y nublada hacia su esposo y murmuró:

-No está mal.

Durante unos segundos se escucha nada más que el pajarerío y después que Tito va a buscar el pico y la pala a la perrera de Mingo y vuelve remangándose siento moverse hasta las muletas del sub-comisario y contemplo a Ana María como si le dijera:

-Vos también vení, mijita. Aunque no tengas odio.

El rectángulo de tierra arenosa y todavía muy húmeda fue abierto por turno y con un falso entusiasmo ceremonial, y hasta el gobernador y Díaz Grey clavaron su fierrazo. Lázaro y los maricas lorquianos se pasan el pico chorreando una babosidad negociadora, y Tito y Marcos palean cada vez más hundidos hasta que el grandote me gargajea en los pies:

-¿Ya está, jefe?

-La tumba que hizo Jorge era el doble de honda -señaló el viejo a Blue Eyes, que fumaba con cara de no entender a nadie en el planeta.

Ahora las mujeres y los notables nos junan incrustados en el nácar rabioso del mediodía con viento norte, y siento que los pezones de B.B. son dos corazones negros.

-Coño -jadeó Lázaro frente a un rebrillo que asomó de golpe entre el jugo terrestre, y el detective frenó a los excavadores con un alarido y saltó a limpiar el lomo del traje de comunión de Ana María Malabia.

-Hola, Lux -palpo la respiración del chivo confirmando que no se animaron a degollarlo y que por un misterio más inexplicable que la vida misma le armaron una especie de escafandra con los tules.

Después Isabelino Pena le abrió la mirada sobrehumana al animalito y los hombres encastrados ayudaron a subirlo hacia el griterío de la tribu que ahora incluía a Mingo.

-Está intacto -lo revisa Díaz Grey. -Aunque hay que hidratarlo rápido.

-Te dije que tenía puesto mi vestido -le soltó la mano la chiquilina a la primera dama y corrió a buscar sal.

-¿Lo sabías desde anoche? -me lleva aparte Jorge pero yo ni le contesto porque acabo de entender que la colegiala eterna y cancerosa que llaman Nuestra Señora es la personificación de mi muerte y que algo bueno habré hecho para que me la muestren resplandeciendo tanto.

-Bueno, mejor que recalienten los chorizos -le gritó Marcos a Tito. -Porque de aquí no se va nadie hasta que no sepamos quién mató al rengo. ¿Verdad, sub-comisario?

40

LOS IMPALAS / LA BODA

Isabelino Pena se acercó a Rufianeli taconeando como un macaquito de comic y sonrió fluvialmente:

-La paz con usted, jefe. ¿Me deja darle media vuelta de tuerca a este lío?

-La única forma de hacerlo callar sería matarlo y todavía no me ascendieron a dictador - se le rinde la soberbia sebosa al hombre-aperiá y nos reímos un poco.

-Acabamos de recuperar el tesoro de un pueblo por pura fe -le habló directamente el detective a la primera dama, que parecía flotar entre los medallones bronceados filtrados por los palteros sobre el amontonamiento de la tribu. -Y lo único que nunca se podrá saber con certeza positivista es si Lux es Jerónimo resucitado y desenterrado por el Huguito o es un chivo cualquiera. Lo demás queda claro: el domingo comprobamos que el pozo estaba vacío y Jorge lo volvió a ver tapado al otro día. Quiere decir que el animal y el vestido fueron robados y enterrados esa madrugada. Pero el pozo ya había sido tapado por Mingo y Marcos Bergner, que aprovechó para no emborracharse solo y además se liberó de la supernecesidad física de matarse o matar. ¿O no?

-Es correcto -se le hinchaban casi con dulzura las córneas al grandote. -Aunque después ya ni me acuerdo ni a quién me llevé al Puente.

-Pero Mingo se acuerda que perdió la linterna del patrón en un Impala Mariposa. Y la linterna apareció ayer en el jeep de Blue Eyes.

Brigitte Bardot Perotti se tapó la blusa que usaba sin soutien con su ya remoto y almidonadísimo uniforme de pureza y le sonrió a su hermano.

-Pero los únicos que pudieron robar el traje y el chivo y degollar al Hugo fueron los bolches -empieza a devorar un chorizo helado Tito y Lázaro se acomoda las barrigas con mansedumbre de mártir.

-A los pacifistas del Partido les enseñan a masturbarse con símbolos religiosos y masónicos en escuelas nocturnas donde dan diplomas y premios de emulación y todo - se le aperversó un sarro infantiloides al detective. -Para manosearnos mejor. Y terminan atornillándose a los escaños del cirquete burgués y hasta lustrándole las botas a las

mediocres democracias laicas. Pero ellos jamás hubieran sepultado a Lux como Jorge Malabia sepultó a Jerónimo porque no creen que es santo. Y vos sí, Tito.

Entonces el gordo con facciones de B.B. hinchada y afeitada termina de tragar un bolo color pus y carcajea:

-Es verdad. Yo nunca pude dejar de creerle al rengo. Pero hablá en serio, Rooney.

-Los bufones como Rooney jamás hablan en serio, pero yo quiero agradecerte que hayas tenido fe. Porque después que el Hugo no te dejó robar el trajecito sagrado y tuviste que matarlo enterraste vivo a Lux pero le fabricaste un repollo respiratorio a ver si alguien lo salvaba. Y Dios quiso que la linterna de Mingo quedara en tu Impala y tu hermana la encontrara allí y la dejara en el jeep y colorín colorado. Todo suyo, sub-comisario.

El arresto y la disolución de la tribu fueron tranquilos, y Jorge se llevó a Anita y Díaz Grey se ofreció a alcanzar al detective. Y cuando reverencio por última vez a la personificación de mi muerte que llaman Nuestra Señora ella relojea a la infanta y a la B.B. y me roza apenas con un beso mudo, aunque es como si sentenciara:

-La más linda siempre voy a ser yo.

Isabelino Pena le pidió al doctor que lo dejara en el *Montserrat* y encontró a Onetti entrajado en la cama, completamente sobrio.

-Te felicito, elfo -chista después de escuchar *the heart of the matter* con rumiante fruición. -¿Por qué no te dedicás nada más que a los crímenes y te dejás de escribir chanchadas y de meterte en purgatorios ajenos? ¿Sabés que hace veinticuatro horas que estoy esperando a la Inmaculada sin dormir ni chupar? Y el jazmín no se pudrió.

-Qué hermoso.

-Pero en la resurrección de Jerónimo no creo ni engualichado. Así que no vayas a inventar teorías de conversión como la hermana de Rimbaud. Esa chica era incestuosa.

-Ahora el que te ponés junguiano sos vos.

-Mirá, dejame en paz de una vez. Yo te perdono todo.

Y en ese momento oyeron abrirse la puerta del living mientras Jorge Malabia gritaba:

-Vuelvo a buscarla más tarde.

Y entonces aparece Ana María alquimizada por los tules barrocos que todavía huelen a chivo y se tira en la cama y anuncia dándole la mano al maestro de los tristes:

-Ahora puedo casarme contigo, Linacero.

Isabelino Pena y Onetti se miraron.

2007

